

# PAGINAS ESCOLARES



**Texto.**—San Pedro Claver, apóstol de los negros.—Una historia que parece novela (conclusión); *A. Clair*.—Aborreced los malos periódicos, no os quiteis el escapulario.—Mirando a su padre.—Francisco Aguirre, alumno del Colegio de Orduña.—Colegio de Gijón, *José Argüelles*.—Colegio de San José, Valencia, *J. N.*; Epitafio latino compuesto para el recordatorio de José, *P. S. Sedó*.—Un Marino Español de la Edad Media, *Rivulus*.—Un angel del Maduré, *Javier*.—Adivinanzas.—Apostolado de la Oración.

**Grabados.**—San Pedro Claver, de la Compañía de Jesús, Apóstol de los negros.—Buenos Aires, Colegio del Salvador; Saia de armas para el ejercicio de tiro; Armas antiguas y cañones históricos; El Profesor de gimnasia y alumnos instructores de brigada.—Francisco Aguirre, alumno del Colegio de Orduña.—José Corbí Abad, alumno del Colegio de San José, Valencia.—Colegio de La Guardia, batallón infantil; Primera compañía; Segunda compañía; Tercera compañía; Banderín y gastadores; Cornetas y tambores; Esgrima; Rindiendo armas.—Perro de aguas.

**LUIS GILI, Editor, Clarsí, 82, Barcelona. Apartado 415.**

**Historia de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo,** con algunas consideraciones y

aplicaciones, escrita para los niños, por un Hermano de San Juan de Dios.—Un volumen de 10 y medio por 12 cms., de 78 páginas.—En rústica, pesetas 0,30; 100 ejemplares, pesetas 25.—(Por correo, certificado, pesetas 0,30 y pesetas 2,40 respectivamente.)

«El deseo de inspirar sentimientos de piedad, compunción y amor de Dios a los niños que la Divina Providencia nos ha confiado, hizome leerles, en la ultima Cuaresma, la historia de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; pero tuve que suspender su lectura por estar entrelazada con largas y profundas consideraciones que no entendían los pobrecitos.

»Leíles, otro día, el relato de la Pasión, como se encuentra escrito en el Evangelio de San Mateo, mezclándoles, de tanto en tanto, breves y sencillas reflexiones; todo lo cual escuchaban con piadosa atención y, a mi parecer, con provecho de su alma.

»Pensando después en esto, me dije a mi mismo: ¡Qué lástima que haya un solo niño que ignore la historia del acontecimiento más interesante a su eterna salvación y el que más vivamente imprimiría en sus tiernos corazones el amor a Jesucristo!

»Y este pensamiento me sugirió la idea de escribir el presente opúsculo, en el que he procurado recopilar, con la claridad y sencillez que exige la inteligencia de los niños, los puntos de la Pasión que más pueden convenirles, añadiendo, de igual modo, breves consideraciones y aplicaciones que podrán serles útiles en todo tiempo.

»Sea todo para mayor gloria de Dios.»—Prólogo de la obrita.



**Ramiliete de pensamientos para catequistas y educadores,** por D. Llorente, Pres-

bítero.—Un volumen de 11 y medio por 18 cms., de 110 páginas, pesetas 0,50. (Por correo, certificado, pesetas 0,30 más.)

Los hermosos pensamientos recopilados en esta obrita, constituyen entre todos un tratado práctico de Pedagogía Catequística. Para convencerse de ello, basta leer el cuadro sinóptico del

**ÍNDICE DE MATERIAS**

I.—«Religión, escuela y catecismo». —Ignorancia de la religión. —Escuela sin Dios. —Catecismo. —Necesidad de estudiarle. —Excelencia. —Frutos.

II.—«Catequistas y educadores.» —Padres y catequistas. —Misión del catequista. —Mérito. —Premio. —Cualidades. —Amor a Dios y a los niños. —Celo, puntualidad, constancia. —Alegría, paciencia, dulzura. —Piedad, oración, buen ejemplo. —Ciencia del catequista. —(Preparación y examen práctico.)

III.—«Infancia y juventud.» — Los niños. — Sus buenas cualidades. — Sus defectos.

IV.—«Educación religiosa.» — La educación en general. — Enseñanza de la religión. — Materia. — Métodos, procedimientos, etc. — Formación moral y religiosa. — Prácticas de piedad. — Cánticos. — Disciplina y organización. — Premios y castigos.



# PÁGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA PARA JÓVENES ESCOLARES

Año X.

Gijón, Septiembre de 1913

Núm. 113

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

## SAN PEDRO CLAVER, APÓSTOL DE LOS NEGROS

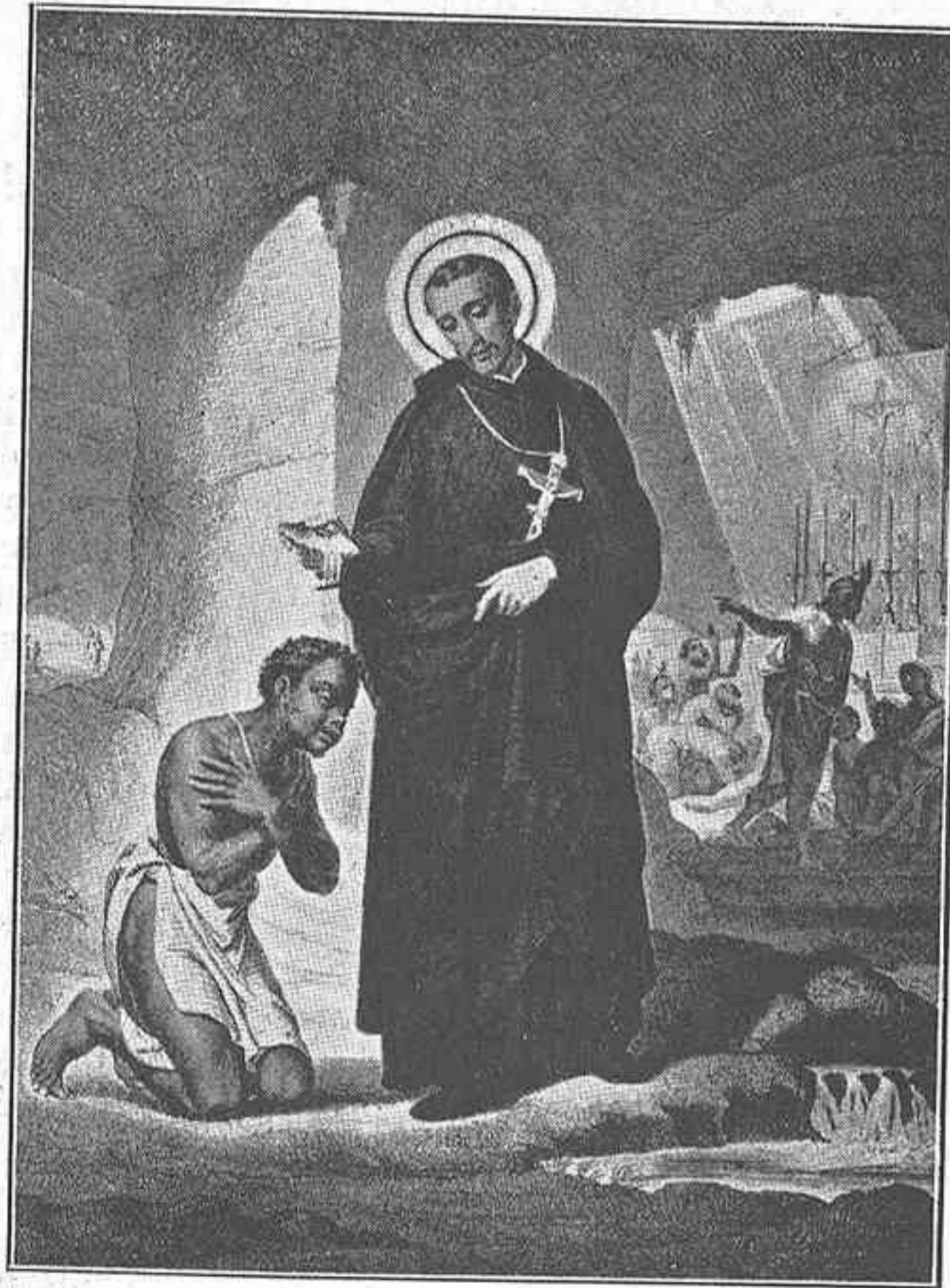
(† 1.654)

El incomparable apóstol de los negros, San Pedro Claver, nació en Verdú, de Cataluña. Comenzó a estudiar en Barcelona, en donde le llamó el Señor a la Compañía de Jesús, para que diese al mundo los ejemplos sublimes de una caridad heroica. Hizo el noviciado en Tarragona y pasó a continuar sus estudios en Palma de Mallorca, donde trató las cosas de su espíritu con el santo portero de la casa, que era San Alonso Rodríguez, el cual, en una de sus frecuentes revelaciones, vió muchos tronos en el cielo y uno de una extraordinaria hermosura y claridad; y le fué revelado que aquel solio tan resplandeciente era para su discípulo Claver, como premio de las almas que había de conquistar para Jesucristo, en las Indias occidentales. Efectivamente: fué enviado a América el santo joven Claver, y habiendo terminado sus estudios en Santa Fé de Bogotá, pasó a la ciudad de Cartagena, puerto del mar Caribe, a donde acudían para sus tráficos muchas gentes de Méjico, del Perú y de otros países americanos. Desgraciadamente estaba allí muy en auge, por aquel

entonces, el abominable comercio de negros africanos.

Cuando entraba en el puerto algún buque cargado de ellos, acudía luego el Santo, provisto de sabrosas viandas y bebidas frescas y olorosas, les ganaba el corazón con

estos regalos, y luego los instruía por medio de intérpretes, les enseñaba a amar a Dios y bautizaba a los enfermos; muchos de los cuales no parecía sino que esperaban recibir el agua del santo bautismo para morir. A los que no estaban en peligro de muerte, enseñaba mas despacio la doctrina cristiana, y en sabiéndola, los colocaba en filas de diez en diez para bautizarlos, y a los neófitos de cada decena ponía el mismo nombre, para que lo recordasen mejor. Es imposible enumerar las obras heroicas de caridad y de celo que hizo el Santo con los pobres esclavos negros, hasta obtener la conversión de cuatrocientos mil de ellos para Cristo y hacerlos here-



San Pedro Claver, de la Compañía de Jesús,  
Apóstol de los negros.  
Su fiesta se celebra el 9 de Septiembre

deros del reino de los cielos; mas no fué menos heroica su misericordia con los enfermos del hospital de San Sebastián, y msá aún del de San Lázaro, donde se



a merecer su confianza y conservar mi colocación anterior?—Yo le ayudaré a ello, Sr. Inspector; cuénteme V. con entera confianza la causa de su caída y deme facultad para hacer uso de esta noticia en orden a su bien; pues tengo grande confianza de que todo quedará perfectamente arreglado.

Alentado con estas palabras le contó el empleado del Conde cómo arrastrado por indignos engaños del tesorero del mismo Conde, le había sido él también infiel y, amedrentado por terribles amenazas del mismo tesorero, había tomado parte en numerosos y considerables hurtos de que venía siendo víctima el Conde, y aún había pactado con su insaciable compañero de crimen poner fin a la vida misma del Conde, cuya cabeza estaba a punto de rodar, cuando el Señor le atajó a él los pasos con la enfermedad; para evitar el atentado se necesitaban prudentes y sobre todo prontos esfuerzos.

El sacerdote no necesitaba más; con sus buenas diligencias arrancó al joven Conde de las garras de la muerte; y otro día asistiendo a un convite da-

do en el palacio aceptó su derecha, lo que proporcionó a su solicitud y prudencia ocasión de interceder por el inspector de montes, pedir perdón por él y obtenerle la reposición en el cargo. El Conde se lo concedió todo, con la sola condición de un año de servicio para probar su fidelidad. El inspector aceptó, como era natural, la condición propuesta con hacimiento de gracias.

El criminal tesorero tuvo a tiempo noticia del peligro que le amenazaba y buscó en la fuga su salvación.

## VI.

### El último golpe

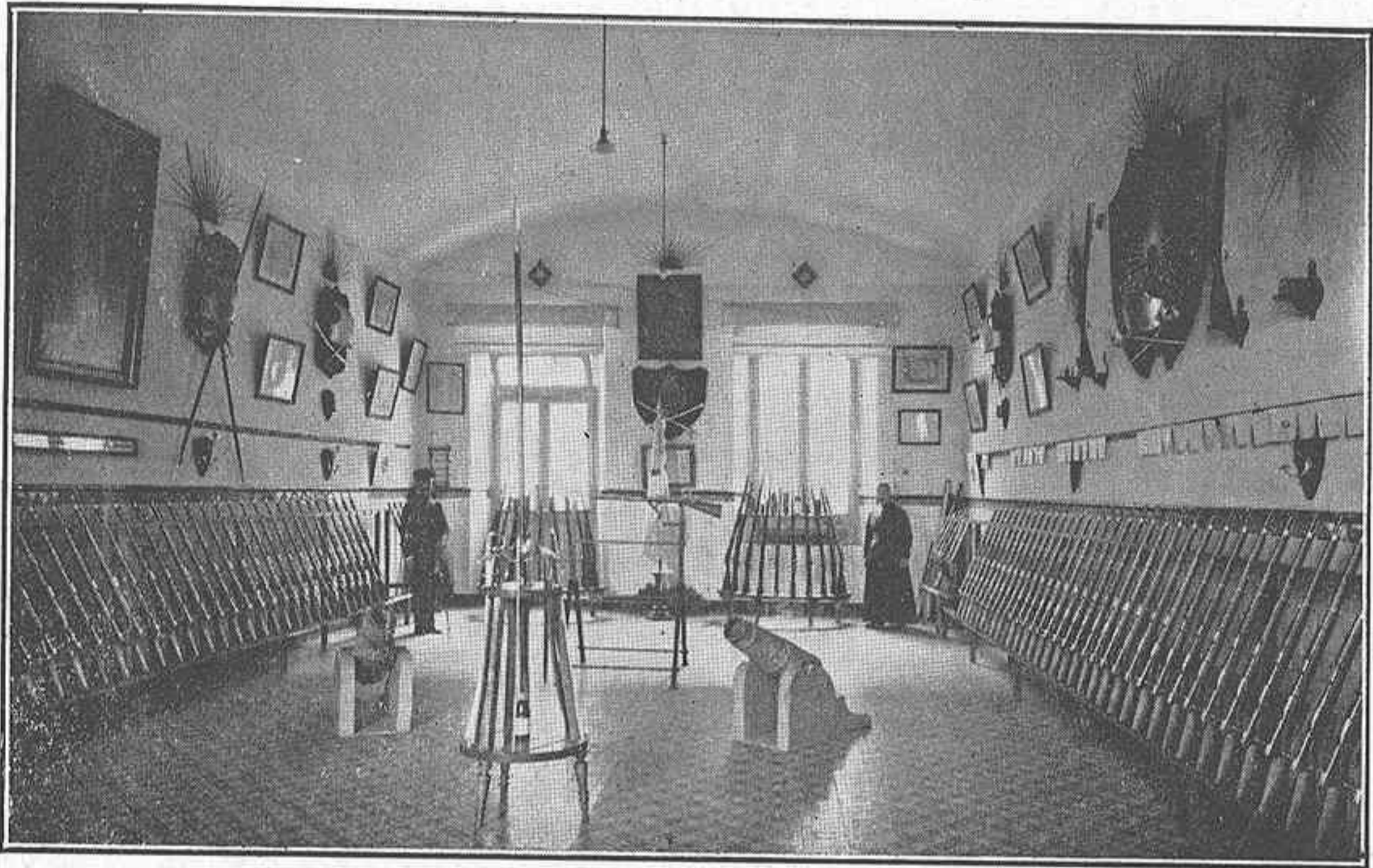
La campanilla de la casa cural era violentamente agitada a altas horas de la noche. Un enfermo gravísimo reclamaba en el palacio condal la asistencia del sacerdote; el Conde para precipitar el viaje le enviaba su propio automóvil. Carlos se vistió apresuradamente y en una carrera de cinco minutos llegó el automóvil a la entrada de un pequeño bosque, que era preciso atravesar para llegar a palacio, cuando se oyó de pronto una detonación espantosa.

El sacerdote y el *chauffeur* se lanzaron al punto del automóvil que, inflamado el depósito de gasolina, comenzó a arder, iluminando siniestramente la oscuridad de la noche hasta que, reducido a cenizas, todo quedó de nuevo en tinieblas. ¿Qué había sucedido? Que una mano oculta había arrojado una bomba.

Quiso Dios que no pereciera el celoso y abnegado sacerdote que, durante varios días y completamente perdido el conocimiento, estuvo luchando a brazo partido con la muerte.

Cuando volvió en sí, se encontró en un cuarto del

hospital. Al caer del automóvil se le había fracturado la rodilla derecha, por lo cual hubo que hacerle una operación dolorosísima; ambas manos se le habían dislocado, y en la cabeza había sufrido grandes contusiones. Esto y las varias horas que en aquel desolado hubo de pasar abandonado sobre la fría yerba le produjeron una inflamación de la lengua con continuos accesos de violenta calentura. Así pasó nueve días, después de los cuales su robusta natu-



BUENOS AIRES.— Colegio del Salvador.— Sala de armas para el ejercicio de tiro

raleza ayudada por los exquisitos cuidados de los más inteligentes médicos que se pudieron encontrar y de las Hermanas de la Caridad que le asistían, logró reaccionar y sobreponerse. La convalecencia fué asimismo proporcionalmente breve y se la hicieron aún más breve y llevadera las muestras de simpatía y compasión que a porfía le prodigaron durante ella sus feligreses.

De los criminales, a pesar de las extraordinarias pesquisas que para ello se hicieron, no se logró descubrir ni el menor rastro.

A quien llegó más al corazón el lamentable suceso fué al Excmo. Sr. Arzobispo que contaba al regente Dr. Carlos entre los más beneméritos y dignos miembros de su clero. Por eso, apenas pasada la enfermedad, le llamó a su lado por un decreto en que le designaba su primer secretario y su médico de cabecera. Este nombramiento produjo naturalmente en los feligreses del agraciado encontrados sentimientos; de gozo por el honor que a su pastor se le tributaba y de sentimiento por su consiguiente ausencia. La despedida fué sentidísima por parte de todos, pero principalmente de los pobres, cuyas abundantes lágrimas y sinceras aclamaciones nunca más pudo olvidar el noble y agradecido sacerdote.

## VII.

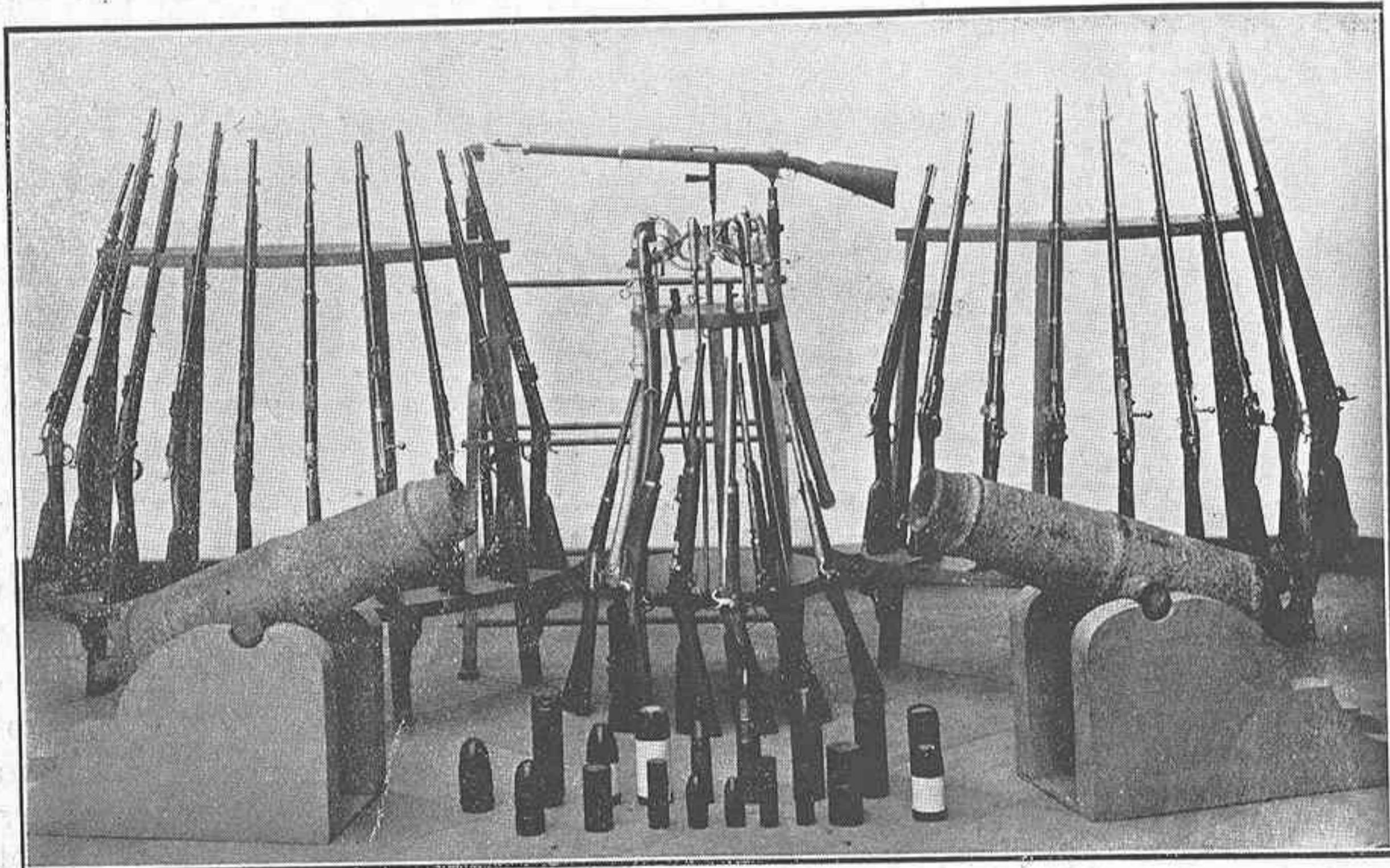
### El hijo pródigo

Cinco años llevaba de secretario del Sr. Arzobispo, cuando un día fué llamado por telégrafo a su antigua parroquia donde un alma necesitada imploraba su clemencia. Al punto, obtenida la licencia del señor Arzobispo, se puso en camino. Llegado allá y parando en la casa cural, supo, por el párroco, que

se hallaba en el hospital y próximo a la muerte un enfermo que en medio de sus delirios e insomnios sólo hablaba de él y aún despierto preguntaba por él con frecuencia. Dirigióse pues hacia el hospital, testigo de sus anteriores gloriosas hazañas, y se hizo conducir al enfermo.

Al verle, exclamó con muestra de indecible admiración y de no menos alegría: ¡José! ¡amigo mio José!

novela habían excitado en su imaginación fantasmas y pensamientos que nunca jamás había podido dominar enteramente. Engañado y arrastrado por estos pensamientos se había lanzado al fin por la resbaladiza pendiente del vicio. La vida inocente de su antiguo amigo le era una recriminación constante y un torcedor espantoso y por eso había tratado de pervertirle empleando en un principio para ello medios al parecer indiferentes, porque, dada la exquisita ob



BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador.—Armas antiguas regaladas por el Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.—Cañones históricos con que se hicieron las salvas de honor al Virrey D. Santiago Liniers, al llegar á Córdoba, triunfador de los ingleses, en tiempo de la dominación española.

José, el amigo de su infancia era efectivamente el enfermo que con tantas ansias le requería.—Perdón, Carlos, perdón, exclamó, interrumpiendo a su amigo y tratando de incorporarse; pero la excitación y este súbito esfuerzo vencieron su debilidad y cayó de nuevo en el lecho sin sentido. A poco comenzó a decir palabras incoherentes exclamando á intervalos con visible conmoción: «Carlos—venganza—perdón—novelas.»—Poco a poco se fué calmando, sucediéndose al fin un sueño sosegado cual hasta entonces, según testimonio de las Hermanas que le asistían, nunca le había tenido desde que estaba en el hospital.

Cuando se despertó, lo primero que percibieron sus ojos fué la mirada alegre y compasiva de Carlos que aún no se había apartado de su lecho.

Perdón, perdón, Carlos, repitió de nuevo el enfermo—óyeme, que necesito desahogarme y contártelo todo, todo.

—Sí, José, dime cuanto quieras.—Pero ¿me prometes que me perdonarás?—Con toda mi alma, amigo mio; ¿puedes sospechar de mí otra cosa?—Pues, siéntate y óyeme.

Carlos se sentó, y José comenzó su historia la que, a causa de su debilidad y su interior conmoción, no pudo continuar sino con frecuentes interrupciones.

En aquellas infelices vacaciones que se habían seguido al sexto curso de bachillerato, había perdido la inocencia. Las primeras páginas de aquella fatal

servancia de Carlos, no habían servido sinó para matar la amistad de antiguo existente entre ambos. Esto le había irritado más, y resuelto a perderle había dado el paso infame que le mereció la expulsión del Colegio.

En la capital donde había ido a continuar los estudios, dejando éstos, se había dado a todos los vicios, resultando de ahí primero un suspenso ignominioso en el examen para el grado de bachiller y, lo que mas le había confundido, el ser rechazado de la academia militar, cuando quiso emprender esta carrera, y serlo precisamente por falta de salud, la que en efecto tenía ya completamente extragada por los vicios.

Esto le había atravesado el alma de dolor, le había hecho avergonzarse de sí mismo y volver, aunque por breve tiempo, al buen camino. Por mediación de un amigo influyente había obtenido entonces el puesto de tesorero del Conde, con lo cual su posición había mejorado.

Pero como la pasión sólo estaba adormecida y no muerta, se había vuelto a despertar de nuevo y faltándole el dinero para satisfacerla, había sido infiel a su señor, y complicó en sus infamias al inspector de montes del Conde. Descubierta antes de consumir sus traiciones se había salvado con una precipitada y vergonzosa fuga.

El amigo que le había elevado al cargo de tesorero se había dejado arrastrar por él a la perfidia y deslealtad, entrando sin conocimiento del inspector a

la parte del fruto de las traiciones. Por eso se había apresurado, cuando éstas se descubrieron, a participárselo, avisándole así mismo de haber sido Carlos el que le había delatado al Conde. Entonces, encendido en ira y ansioso de vengarse, había acechado la ocasión y sabedor por el confidente de sus crímenes de la nocturna ida de Carlos a palacio, se había apostado en la entrada del bosque y le había arrojado la bomba.

Los remordimientos no habían tardado en seguirse; al leer en un periódico el título de un artículo: «Un sacerdote víctima de su deber,» cegado y medio loco por los remordimientos había arrojado sin leerle el periódico, dando por perdida la única ilusión que en algunos momentos había surgido en su mente, queriendo acallar los remordimientos de la conciencia, la ilusión de que tal vez no hubiera muerto Carlos. Entonces, sin más, se había dirigido a Suecia, gastando en una vida loca el poco dinero que le quedaba, sin lograr ahuyentar los remordimientos que le torturaban. Así había vivido algún tiempo, hasta que, no quedándole medio de satisfacer sus pasiones y no cediendo en nada los remordimientos que le torturaban, había vuelto su mente a más cristianas ideas resolviendo buscar la anhelada calma, llorando sus extravíos y haciendo penitencia. Este pensamiento había satisfecho su corazón y animado con eso se había resuelto a dar un paso más, yendo en busca de la tumba de Carlos para vivir y morir junto a ella haciendo penitencia de sus pecados. Con esa intención había venido a la ciudad, llegando a ella desfallecido y medio muerto y yendo a parar en el hospital.

Ahora pues, concluyó diciendo José, después de saberlo todo, ¿me perdonas? — ¡Oh, sí. — ¡De veras? añadió el enfermo tendiendo hacia el sacerdote sus descarnadas manos y fijando en él una mirada de ansiedad. — Con toda mi alma, te lo dije antes y ahora te lo repito nuevamente: te perdono, José, con toda mi alma.

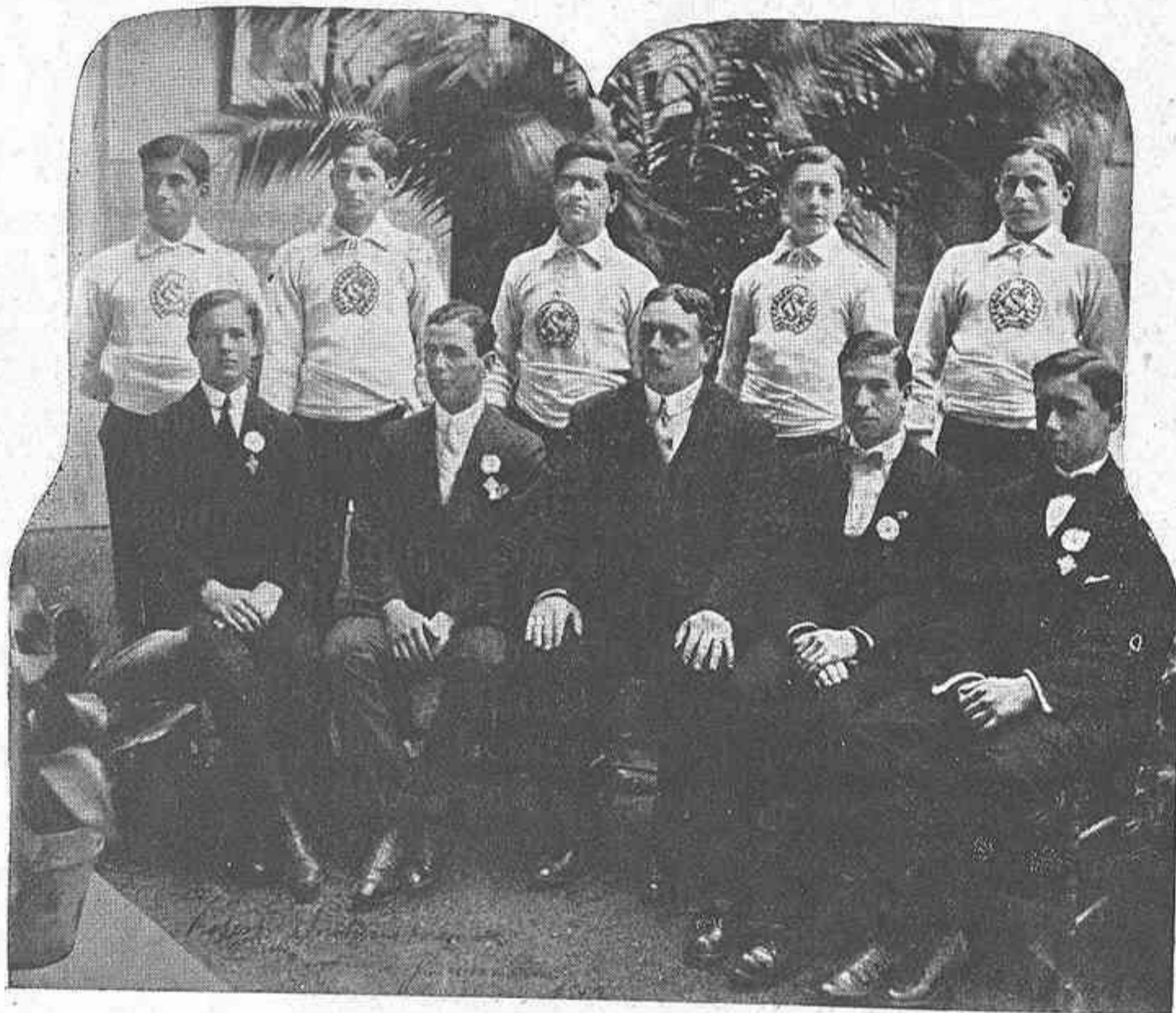
La emoción de ambos era extraordinaria y el estado de José el más apropiado para hacerle completar su obra con una buena confesión. El celoso sacerdote aprovechó la ocasión que se le ofrecía, añadiendo:

No pienses ya, José, en mí; piensa más bien en tí mismo que tan débil y acabado estás. Mira; para que veas cuán de veras te perdono, te voy yo también a contar mi historia a partir del momento en que nos separamos.

Al terminar yo mis estudios, supe por tu padre tus extravíos y esto me atravesó el corazón; me acordaba continuamente del día de nuestra primera comunión, se me representaba la iglesia de nuestro colegio con todas las luces y flores que ostentaba aquel día venturoso, se me figuraba ver la estatua del Sagrado Corazón y a nosotros dos uno junto al otro en el comulgatorio y oía tu promesa de hacerte sacerdote para poder comulgar todos los días; y viéndote por el contrario correr precipitado a tu perdición temporal y eterna no cabía en mí de pena. Y ¡cosa

extraña! Cuantos más años pasaban más me perseguían estos pensamientos. Entonces concebí el designio de cumplir por tí al divino Corazón la promesa que le habías hecho y consagrarle mi vida en el estado sacerdotal para obtener por medio de este sacrificio tu conversión. Nadie, fuera del mismo Corazón divino, ha sabido la causa de mi resolución. José, en tu mano está ahora que este único deseo de de toda mi vida tenga cumplimiento. Te lo pido por el Corazón de Jesús; dame el consuelo de saber que has vuelto a los brazos del Corazón de Jesús por medio de una buena confesión.

¡Carlos! ¡mi mejor amigo! ¡ahora mismo! gracias por todo; ayúdame tu a ello que quiero confesarme ahora mismo y contigo. El sacerdote le preparó con esmero, y la sangre del Cordero sin mancha cayó sobre aquella alma tan inmunda, volviéndola blanca co-



BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador.—El Sr. Profesor de gimnasia y alumnos instructores de brigada.

mo el día en que había hecho la primera comunión.

De manos de su antiguo amigo recibió José por viático el Santísimo Sacramento. Desde entonces su sueño era sosegado y tranquilo; pero su organismo estaba completamente gastado y la muerte rondaba ya su lecho. Carlos que lo veía, permaneció a su lado consolándole, animándole y esforzándole no sólo con sus palabras sino más aún con la Sagrada Eucaristía que le administró los dos días que aún sobrevivió. La pena natural que le causaba el morir en la flor de los años, arrancó a José estas palabras que fueron casi las últimas que pronunció: Carlos, si yo no hubiera leído aquel libro, hoy estaría sano y sería sacerdote. Después, cuando entraba en la agonía, repitió, ayudado por Carlos: Corazón de Jesús, perdón; Corazón de Jesús, recibidme; en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y dichas estas palabras expiró. Carlos, su amigo de toda la vida, le continuó más allá del sepulcro la amistad, ofreciendo por él numerosas misas y penitencias. Vuelto á la capital, dió entera cuenta al señor Arzobispo, exclamando al terminar:

¡Y todo por un mal libro!

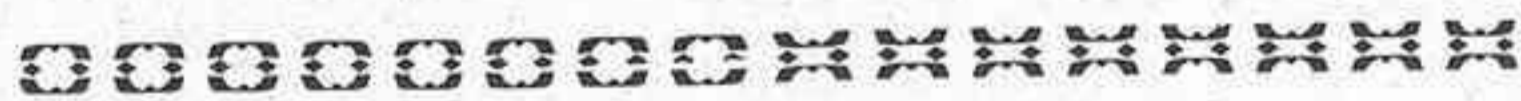
*N. Glair.*

## Aborreced los malos periódicos

### No os quitéis el escapulario

Un periódico de Bogotá (Colombia) relata el siguiente hecho.

«Vivía tranquilo y feliz en un pueblo, lejos de la capital, un hombre casado y con varios hijos que alegraban su hogar, hasta que empezó a recibir un periódico cuya lectura fué poco a poco minando su fe, su piedad y sus buenas costumbres, llegando a convertirse en un ateo materialista y vicioso. Como consecuencia, contrajo deudas, y, no pudiendo pagarlas, decidió poner fin a su existencia ahorcándose de un árbol; pero la cuerda que empleó rompióse al colgarse de ella, y como llevaba otra a prevención la empleó aunque con el mismo resultado negativo. Un testigo del hecho, que lo presenciaba a distancia aterrizado, vió que, rabioso, cogió por tercera vez la cuerda, hizo el nudo corredizo y se colgó, pero por tercera vez cayó al suelo sin conseguir su objeto. Entonces el espíritu del mal debió sugerirle la idea de algún obstáculo que se oponía a la realización de sus siniestros deseos, pues le vió llevarse la mano al pecho, sacar un escapulario, tirarlo y pisotearlo y volver a colgarse de la cuerda, que ya no se rompió, quedando de ella pendiente el cadáver del obstinado suicida, mientras su alma comparecía ante el Tribunal de Dios.»



## Mirando á su padre

Refiere la angelical virgen carmelita Sor Teresa del Niño Jesús, que desde muy niña iba con toda la familia á misa mayor los días festivos; y como su padre, siempre que al predicar se nombraba á Santa Teresa, se inclinaba hacia ella diciéndole: *Escucha bien, hablan de tu Santa Patrona*, añade:—«Yo escuchaba, pero confieso que miraba más á menudo á mi padre que al predicador. ¡Me decía tantas cosas su hermosa fisonomía! Llenábanse á veces sus ojos de lágrimas, y en vano procuraba contenerlas. Cuando escuchaba las verdades eternas, diríase que no habitaba en la tierra; su alma parecía arrobada en otro mundo.

»Para rezar las oraciones de la noche, me arrodillaba al lado *de mi buen padre*; no tenía más que mirarle, para saber cómo oran los santos.»

«Todas las tardes iba á dar *con mi padre* un paseito y a visitar el Smo. Sacramento, cada día en una

iglesia diferente. De este modo entré por vez primera en la capilla del Cármen. ¿Ves?—me dijo papá;—*detrás de esa gran reja hay muchas santas religiosas que alaban siempre á Dios.* ¡Qué lejos estaba yo de pensar que nueve años después me encontraría entre ellas, y que en ese bendito Carmen recibiría tan grandes favores!»

¡Dichosos los hijos que mirando a sus padres reciben de ellos tan santos ejemplos!

Sor Teresa murió en olor de santidad, el 30 de Setiembre de 1897.



## Francisco Aguirre

ALUMNO DEL COLEGIO DE ORDUÑA

El día 20 de Julio falleció santamente en su casa de Santander el simpático joven con cuyo retrato honramos nuestra Revista.

Tan triste suceso es una prueba más de que la muerte llama a nuestras puertas cuando menos pensamos en ella; pues a la verdad, muy lejos estábamos de pensar que nuestro llorado Paco que a fines de Junio se



Francisco Aguirre, alumno del Colegio de Orduña  
† 20 de Julio, 1913

despedía de sus profesores y compañeros alegre y gozoso por el brillante resultado de sus exámenes, y pensando en comenzar la carrera de arquitecto, había de ser llamado por Dios antes de un mes a emprender la de la eternidad.

Pero gracias a la muy cristiana educación recibida en su familia y en el Colegio, estaba bien preparado aún para esta carrera.

No hacía todavía un mes que voluntaria-



mente había hecho los Ejercicios espirituales de San Ignacio, y el mismo día en que cayó enfermo, el 16 de Julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, se confesó, recibió la sagrada comunión, y hollando los respetos humanos, *asistió a la procesión llevando una vela por el mismo sitio por el que cuatro días después era llevado su cadáver, asistiendo también con velas los Asilados de las Hermanitas de los pobres.*

El día antes de su muerte, a pesar de que su enfermedad, a juicio de los facultativos, no presentaba síntomas alarmantes, parece que Dios le dió a entender que le quería para sí, pues aseguró que pronto había de morir; y es de creer que la Santísima Virgen de quien fué especialmente devoto, y a quien invocaría con fervorosas jaculatorias en el trance supremo de la muerte, recogería su alma angelical para llevarla a los cielos. ¡Dichosa carrera!

De las virtudes y conducta de nuestro Francisco baste decir que fué dignidad del Colegio y de la Congregación, y que, según testimonio de quien le conocía muy bien, *«entró en el Colegio de Orduña en el estado de la mayor inocencia y salió de él sin mancha en su alma.»*

Dichoso él sí, como piadosamente creemos, está ya recibiendo en el cielo el premio de sus virtudes.

## Colegio de Gijón

Precedida de novena, con plática diaria del Padre Bilbao, se celebró en la iglesia del Colegio la fiesta de San Ignacio de Loyola el día 31 de Julio.

Dijo la Misa de Comunión el Excmo. Sr. Obispo de Oviedo, que asistió después a la solemne, oficiada por PP. Agustinos, y en la que predicó elocuente panegírico el P. Eustaquio Egaña, S. J.

Durante el día, hubo gran animación en el Colegio, jugándose interesantes partidos de pelota y foot-ball, y contribuyendo a ello los antiguos alumnos, que con los bachilleres de este año disfrutaron en fraternal banquete.

Muchos pescadores vascongados acudieron por la mañana a la misa, después de la cual cantaron admirablemente la marcha de San Ignacio; y por la tarde amenizaron con varias canciones de su país la sesión de cinematógrafo que se improvisó en el salón de Actos.

Terminó el día con el refresco general, y la exposición y bendición solemne del Smo. Sacramento.

*José Argüelles*

Congregante Mariano

## COLEGIO DE SAN JOSÉ VALENCIA



José Corbi Abad, Alumno del Colegio de San José, Valencia, falleció en el Pas (Castalla) el día 8 de Julio de 1913, á los 13 años de edad.

Hay en los jardines de los Colegios de los Padres Jesuitas unas flores hermosísimas, que con su aroma embalsaman esos sagrados recintos, donde habitan, santamente hermanadas la virtud y la ciencia. Las más lindas, las que con su beldad y fragancia atraen las miradas de todos, forman, en las Congregaciones marianas, la rica corona de María Inmaculada.

Pepito Corbí y Abad, inocente, modesto, aplicado, virtuoso y angelical acaba de ser una de esas predilectas flores cortadas, todavía tiernas, para formar, en el cielo, parte de esa otra guirnalda, mucho más encantadora, que cautiva las miradas de la Reina de todas las virtudes.

Nació Pepito en Valencia en 1900, y desde los primeros años, sus padres D. José Corbí y D.<sup>a</sup> Josefa Abad, caballeros sólidamente cristianos, guiaron los pasos del angel, que el cielo les regalaba, por los senderos del bien, inculcando en alma tan bondadosa gran amor a la virtud y horror sumo al vicio y al pecado.

Apenas sabía hablar cuando, como dice su afligida madre en carta al R. P. Rector del Colegio, aprendió una jaculatoria que decía al levantarse y al acostarse, y que repitió muchas veces durante sus últimos y preciosos momentos: «*Hazme bueno, Madre mía.—Dame paciencia y virtud—porque, Tú, Santa María,—has de ser la mejor guía,—que tenga en mi juventud.*» Jaculatoria que refleja el candor de su alma, y compendia bellísimamente todos sus sentimientos.

Desde que ingresó en el Colegio, hace tres años, *la bondad y la paciencia* fueron sus notas características en todas ocasiones. En todas partes y con todos sus compañeros se mostró afable y complaciente; con lo cual, desde los primeros días se granjeó la simpatía de condiscípulos y superiores: todos los cuales han demostrado ahora, a su muerte, lo mucho que le estimaban y el gran concepto que de él habían formado.

El día de la Purificación, en el curso pasado, se escribieron todos los nombres de los congregantes juntos con los de los Padres y Hermanos, y se colocaron en el corazón de oro que adorna la Inmaculada de las congregaciones; y fué tanta la alegría que él tuvo al considerarse hijo predilecto de la Santísima Virgen, como el R. P. Perera les dijo en el sermón, que lo primero que hizo al ver a sus padres fué comunicarles tan agradable noticia; y tan tiernamente les explicó la fiesta, y con tanta alegría espiritual, que su madre, que ha conservado grabada aquella impresión, ha rogado al R. P. Rector no borren el nombre de su querido hijo del corazón de la Virgen.

Que esta soberana Señora ha sido *la mejor guía que ha tenido en su juventud* claramente lo testifica su vida, a los ojos de todos encantadora y angelical; las líneas con que termina los propósitos hechos en los últimos Ejercicios del Colegio, donde dice: «Estos propósitos procuraré, de mi parte, cumplirlos con el mayor esmero posible y ayudado de la Santísima Virgen;» y el testimonio unánime de su Confesor y de su Padre Espiritual, pues a una aseguran que en el alma de Pepito no solamente no había pecado mortal, pero ni conocimiento de lo que es ese pecado. ¡Tan hondas raíces habían echado en su corazón la bondad y la virtud!

Era natural que el que había propuesto en los Santos Ejercicios: «No pecar mortalmente. No juntarse con malas compañías. No ir a ningún espectáculo público donde pudiera manchar el alma. No desobedecer

ni faltar al respeto a los papás,» procurase con todo ahinco el cumplimiento de todos sus deberes, y por esto añade: «Aprovecharé bien los tiempos de estudio.»

El estudio, lo mismo que las clases eran para él los más fieles testigos de sus buenas obras. Todos le veíamos, con santa envidia y respeto, besar una imagen de la Virgen, que siempre llevaba en el bolsillo, no solo al comenzar la clase o el estudio, sino también algunas otras veces, cuando las dificultades o el peligro aumentaban. Siempre al ir al tablado, para demostrar los teoremas de geometría, se santiguaba con gran devoción, y más de una vez pudimos todos observar que aquella inteligencia, libre del vaho de las malas pasiones, pedía la verdadera ciencia a la que es Trono de la Sabiduría.

Por esto ocupó siempre las primeras dignidades en clase y en brigada, y por esto también, aún estando delicado, obtuvo en todos los exámenes las mejores notas. Así premiaba el Señor el amor de este su hijo, y así lo disponía para llevarlo consigo.

No había transcurrido todavía un mes de su salida del Colegio cuando un ataque cerebral anunció la proximidad de la partida de Pepito para el cielo.

Con gusto recibió la noticia y con verdadera ansia hospedó en su corazón al que, desde hacía mucho tiempo, había recibido diariamente en la Sagrada Comunión; y desde entonces, como añade su desconsolada pero resignada madre, «no quería que, para nada le llamasen la atención, pues aquella vida más parecía del cielo que de la tierra. Estaba hecho un santito. Se santiguaba con mucha devoción y calma que edificaba. Una vez rezó el rosario entero, otras veces las letanías y muchas decenas sueltas.....»

A las cuatro y media de la mañana del día 8 de Julio se fué al cielo.....

Después, vestido de *San Luis*, con su crucifijo, que no se quitaba nunca, con su rosario y su sonrisa de siempre, parecía el mismo Santo durmiendo.

Pero no dormía; pues, como podemos justamente creer, vivía ya con la vida sobrenatural de los Santos, cantando en el cielo las alabanzas de Dios y esperando a todos los que le amamos y por él rogamos.

J. N.

Congregante Mariano

Epitafio latino compuesto para el recordatorio de José, por el P. S. Sedó, S. J.



## JOSEPHO·CORBI·ABAD

AVE - PVER - OPTIME

QVI - DEVM - MYSTERIIS - ABSCONDITVM

ET - ALMAM - DEI - PARENTEM

MIRE - DILEXISTI

QVEMQUE - PIETAS - CANDOR - SIMPLICITAS

MORESQUE - ORNABANT - AVREI

TV - PARENTVM - OLIM - DELICIAE

NVNC - DOLOR - ET - LVCTVS

TV - SODALIVM - PRIVS - AMOR

NVNC - MÆSTITIA - ET - DESIDERIVM

TV - PRAECEPTORVM - HERI - HONOR - ET - GAVDIVM

HODIE - MOEROR - ET - ANGOR

ACCIPE - E - COELO - BENIGNVS

HVNC - QVALEMCVMQVE - HONOREM

QVEM - MAGISTRI - ET - ALVMNI

EPHEBEI - CVI - A - SANCTO - JOSEPH - NOMEN - EST

TIBI - AMANTISSIME - DICANT

PRECANTVRQVE

QVIBVS - IN - TERRIS - SOLATIO - ET - EXEMPLO - ERAS

IN - COELIS - SIS - PATROCINIO

## Un Marino Español de la Edad Media

### I.

#### Pero Niño

Hubo en los siglos medios un héroe, personificación del espíritu guerrero español en los campos de batalla; al cual si bien la posteridad ha circundado de una aureola de tantas piedras preciosas cuantas fueron las victorias que alcanzó contra el moro, también le ha engastado en la misma corona bastantes piedras falsas de leyendas fabulosas. Este personaje es el Cid.

Hubo en la misma edad otro héroe, encarnación de nuestro espíritu guerrero en los mares; a quien, no sé por qué, la fama no ha otorgado esa popularidad con que suele premiar las proezas de los héroes, aunque sus hazañas están bien acreditadas por la historia. Este personaje es Pero Niño.

Hijo de un escudero de la Montaña de Santander, elegida su madre por ama del Príncipe de Asturias, que después fué Enrique III el Doliente, (que por lo visto ya en aquella edad las montañas eran las nodrizas preferidas de los reyes), Pero Niño se crió en el palacio real, recibiendo esmerada educación, sobre todo en el manejo de las armas y del caballo.

Hé aquí como nos le retrata su cronista Gutierre Díez de Gámez:

«Este caballero era fermoso e blanco de cuerpo, non muy alto nin otrosí pequeño, de buen talle, las espaldas anchas, los pechos altos, los lomos grandes e largos, e los brazos luengos e bien fechos, las piernas muy bien talladas, los muslos gruesos e duros, e bien fecho en la cintura. Avía graciosa voz e alta, era muy donoso en sus decires. Traíase siempre muy apuesto en sus trajes; mucho mejor le estaba a él una ropa pobre que a otro las ropas ricas; sabía facer los trajes mejor que ningún sastre, tanto que los que bien trajeaban imitaban siempre la ropa que el traxese vestida. En las armas entendía mucho: él enseñaba a los armeros a facer otros detalles más fermosos e mas ligeros. En las dagas e espadas sabía mucho: él daba en ellas otras faciones, e conosciadas mejor que otro ome. En las sillas de cabalgar non sopo ninguno en su tiempo tanto. En su casa se sacó primeramente la cincha partida que agora se usa. Conoscía caballos, buscábalos e teníalos; non ovo en Castilla ninguno que tan buenos caballos oviese como él. Cabalgábalos e facíalos a su voluntad: los que eran para guerra e los que eran para Corte. Nunca falló home que con él cortase de una espada, nin que tales golpes ficiese. Lanzaba cantos muy reciamente, e piedra puñal. Otrosí era muy buen braceo; lanzaba barra muy de ventaja. Era muy buen puntero así de ballesta como de arco. Non era maravilla si este caballero levaba tanta ventaja a los otros omes en todas estas cosas, porque allende del recio cuerpo e muy gran fuerza que Dios le quiso dar, todo su estudio non era si non su oficio de armas e arte de caballería e gentileza.»

### II.

#### Sus hazañas en el Mediterráneo

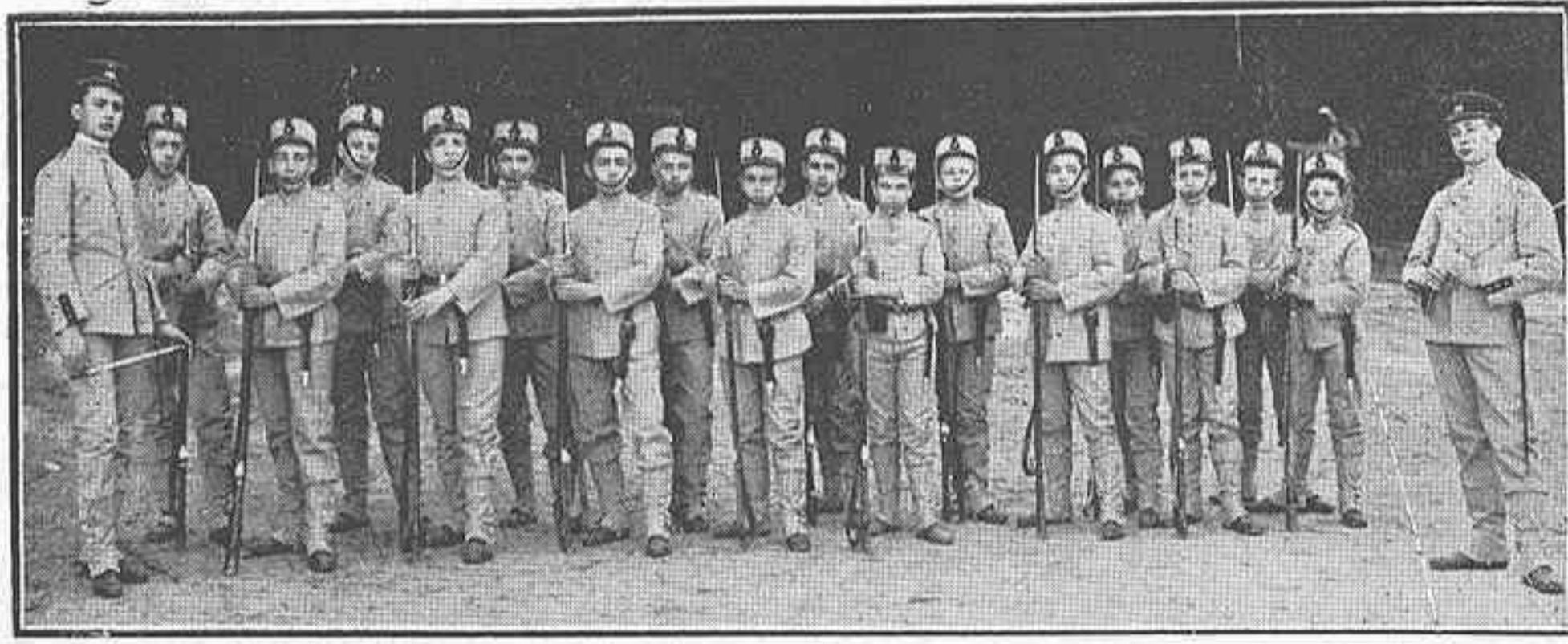
Aunque por su educación y prendas personales parecía Pero Niño llamado a lidiar en los campos de batalla, como un segundo Cid Campeador; y aunque dió buena prueba de su valor en las guerras que agitaron el Reino de Castilla durante los primeros años de su hermano de leche Enrique III; sin embargo, en los mares era donde Dios le tenía reservadas las más magníficas palmas y laureles.

Merodeaban por entonces en el Mediterráneo como bandadas de gaviotas los corsarios; no había con ellos navegación segura por aquellas aguas, y a fin de remediar sus fechorías, el Rey le hizo marino. Sin más, aquél joven, que sólo contaba 25 años, con dos galeras bien armadas y pertrechadas, y una nao cantabra, pasó el Estrecho de Gibraltar y se presentó en las costas de Levante.

Lo mismo fué presentarse Pero Niño que huir despavoridos los ladrones del mar, abandonando sus mares y buscando sus guaridas de tierra; así que sin disparar ninguna de sus máquinas de guerra, se hizo dueño de unos cuantos navíos encallados en las costas de Cerdeña. Aunque no fué todo el monte orégano, pues trabajo le costó, aunque al fin lo consiguió, rescatar una nao castellana que los piratas tenían apresada en el puerto de Oristán.

Envalentonado con este primer triunfo, enfiló sus proas a Túnez, acometiendo allí una hazaña en la que no sabe uno qué admirar más; si el valor o las respuestas de rompe y rasga que dió al cómitre que se oponía a su arrojo, y que son como el sello de su carácter y de la rapidez con que adoptó durante su vida todas las resoluciones: «Señor, decía el patrón, si aferramos con esa galera berberisca que

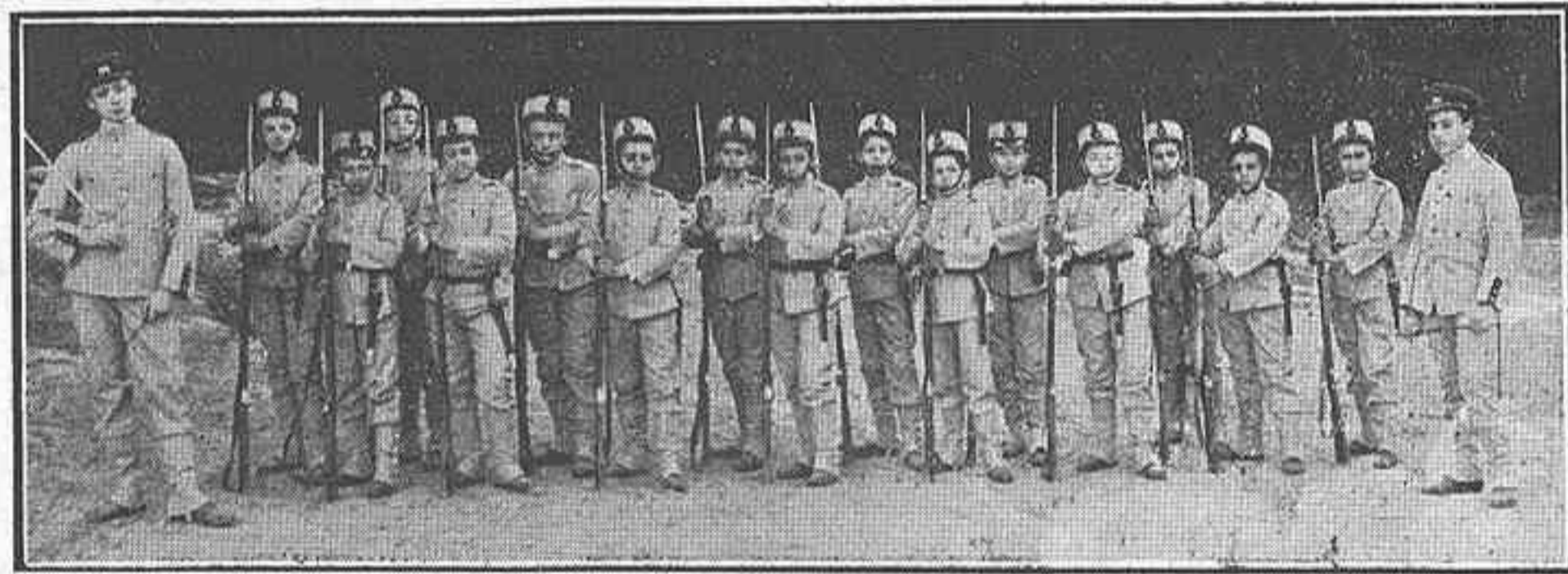
## Colegio de La Guardia



Batallón infantil.—Primera compañía



Segunda compañía



Tercera compañía

nos sale al paso, por ventura vendrán otras galeras sobre nos, e querremos desaferrar e non podremos.» —Bueno, repuso, agora non vemos sino esta; aferrad con ella, que cuando las otras vinieren, si a Dios plugiese tendremos nos ya esta.»

Así sucedió: la galera berberisca fué rendida antes que la alarma cundiera, y se animó la gente para abordar a la galeaza del Rey, que más adentro en el puerto se hallaba. Pero Niño, saltó el primero a la cubierta; mas hé aquí que al chochar su nave con la galeaza, rebotó, y se encontró él solo en la nave del rey de Túnez. Aunque el caso parezca prodigioso, pasó la noche dando y recibiendo golpes, «cosa muy dura de creer salvo los que lo vieron,» según dice su cronista que iba con él como alférez; «pero llamó a Sancta María que le ayudase, e fizo allí voto solemne, e faé a ellos como va el león a la presa, firiendo e matando, levándolos por la galera adelante fasta la proa. Allí fué ferido Pero Niño de grandes feridas.»

No pudiendo conservar las presas las quemó, sacando de ellas lo que era útil, con el trofeo de dos pendones de oro y seda. La nao santanderina tomó entre tanto un barco con cargamento de seda y oro

y dátiles y tinajas de manteca y trigo y otras muchas cosas.

Tratóse de cortar un pie a Pero Niño, por lo enconado de una herida que recibió en esta batalla, mas no lo consintió, sinó que él mismo tomó un hierro candente y se lo metió en el hueso con lo cual empezó a mejorar visiblemente y conservó el miembro.

Tales fueron los comienzos de sus hazañas navales, y sus ulteriores empresas en nada desdijeron de tan brillantes principios.

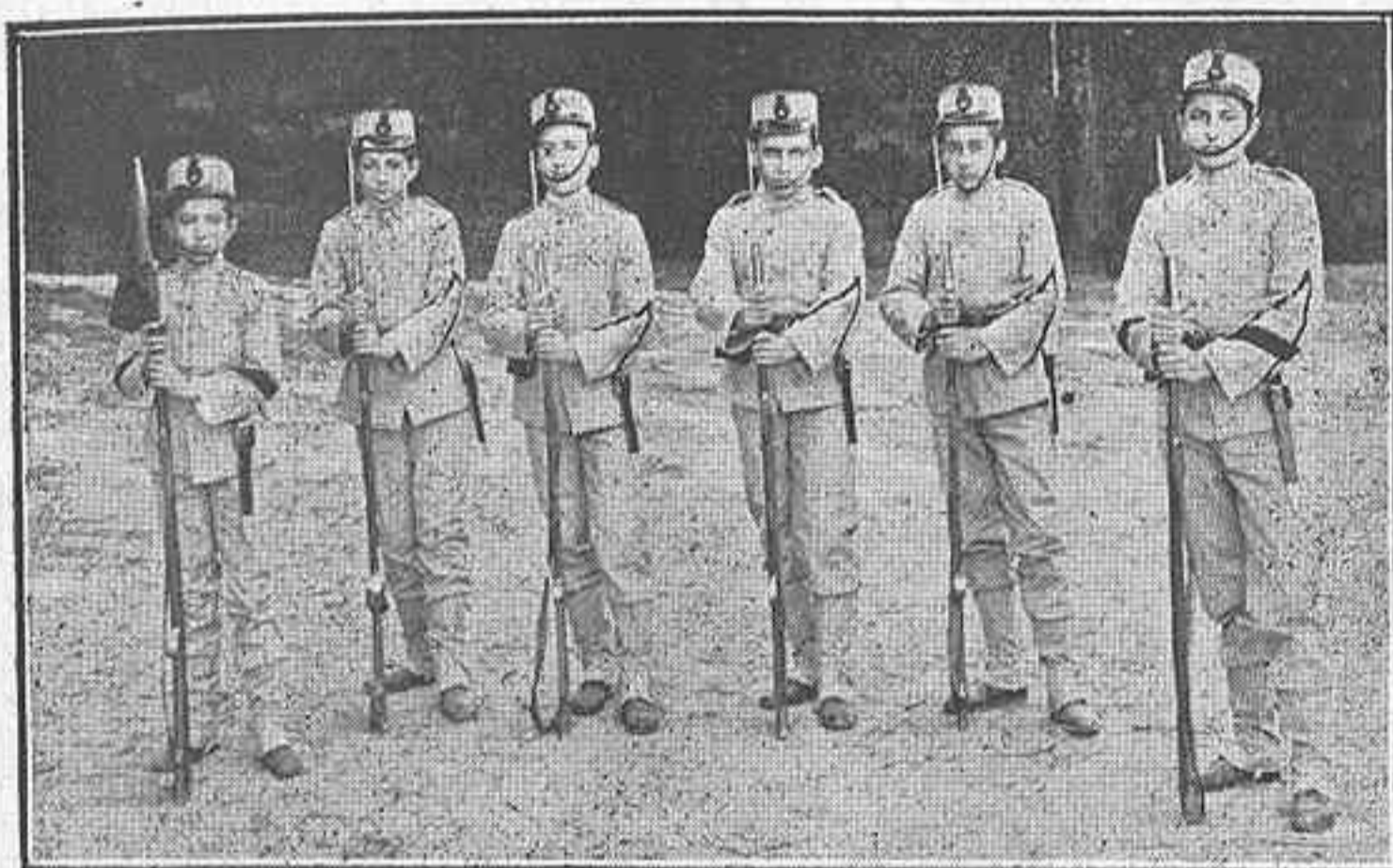
## III.

## Sus hazañas en el Norte

Rota una tregua firmada entre ingleses y franceses, reclamó el Rey de Francia el cumplimiento del tratado de alianza, en cuya virtud estaba obligada Castilla a prestarle fuerzas navales. Entonces fué cuando tres galeras a las órdenes de Pero Niño en unión de dos francesas recorrieron las costas de Inglaterra en lucidísima campaña, incendiando navíos

dentro de los principales puertos, saqueando pueblos y aniquilando fortalezas.

Estando en esta aventura vino a decirle un mensajero que cuidase de no acercarse al puerto de Plymouth, porque le estaban aguardando allí doscientos navíos, urcas, cocas y balleneros muy bien armados, para darle una paliza soberana. Esto le bastó. «Vamos allá,» dijo Pero Niño con resolución, y aunque el capitán francés se negó a acompañarle, él solo con sus tres galeras enfiló a Plymouth, a vérselas con los doscientos navíos ingleses. Y ¡cosa admirable y que muestra el terror que infundía en aquellos mares el solo nombre de Pero Niño! Presentóse a la boca del puerto, y ninguno se atrevió a chistar ni aceptar el desafío del montañés.



Colegio de La Guardia.—Banderín y gastadores

Con aquellas tres galeras mandadas por tres valientes capitanes santanderinos y seguidas de dos chalupas ligeras y bien armadas comenzó sus hostidades en algunas poblaciones de Francia que le eran enemigas, con un acto imponente. Y fué remontar el río Gironda por la noche, llegando al amanecer a las casas de Burdeos. Los vecinos al punto dieron la señal de alarma a la ciudad, creyendo que se les echaba encima una escuadra formidable, y todos los navíos surtos en el puerto levaron anclas y huyeron río arriba, como bandada de palomas al aparecer el gabilán; en tanto que Pero Niño desembarcó en Burdeos, hizo algunos incendios y saqueos, y se volvió al mar cumplido el plan de hacer sonar su nombre entre amigos y enemigos.

De aquí zarpó de nuevo para las costas de Inglaterra, y después de destruir el pueblo de Chileburgo y llevar a las naves cuanto hubieron a las manos, forjó el atrevido plan de desembarcar en Falmouth; y como el francés intentase moderar su atrevimiento poniéndole delante la fortaleza del lugar, replicóle el español: «A los mercados cada uno va con su dicha, que non facen la guerra broslados nin cadenas, nin forraduras nin fortalezas, sinó puños duros e omes denodados.»

Empezaron con esta contradicción a enturbiarse las buenas relaciones en que hasta entonces habían lidiado ambos capitanes, y no fueron a Falmouth, sino a Plymouth, que no era menos aventurado, pues los recibieron con tales rociadas de proyectiles de lombardas que «piedra ovo que pasó más alta que dos torres, y fué a la mar bien media legua.» Luego que hicieron en Portland una porción de prisioneros, desembarcaron en el ansiado puerto de Poole.

¿Y de dónde tales ansias? Hélo aquí: El año 1395 hallándose sitiada por mar y tierra la plaza de Gijón, que defendía la Condesa de la misma ciudad con el

auxilio de muchos aventureros ingleses, y viniendo a gran aprieto fingió rendirse con ciertas condiciones, que hicieron a la flota castellana aflojar en el bloqueo. Todo fué una trampa; porque aprovechando la Condesa aquel rato de calma se escapó en una barca y también los aventureros ingleses. No escaparon sin dejar eterna y funesta memoria de sí: la noche antes del día estipulado para la entrega avisó desde el campamento real una vasta hoguera de siniestros resplandores: era Gijón que se consumía en inmenso incendio.

Pero Niño, que se halló en este sitio e hizo en él prodigios de valor, atribuyó el incendio al pirata Arripay, que se hallaba entre los aventureros defensores. De aquí las ganas que le tenía, y si antes se le escapó de las manos, ahora pagó bien cara la parte que le cupo en tan brutal vandalismo.

Era Poole puerto del señorío de Arripay, y tal era la saña con que Pero Niño atacó al pueblo, que ordenó a los suyos que no dejasen piente ni mamante, ni hiciesen presa alguna, pues todo había de quedar reducido a cenizas. Como él lo mandó ellos lo ejecutaron, ardiendo lo primero el palacio donde Arripay guardaba gran número de pertrechos náuticos. Mas en poco estuvo que no pagaron cara esta venganza: tanto fué el número de ingleses que fueron llegando de tierra adentro, y tan espesa la nube de flechas que se precipitó sobre los castellanos que no tuvieron más remedio que batirse en retirada hasta meterse en las galeras.

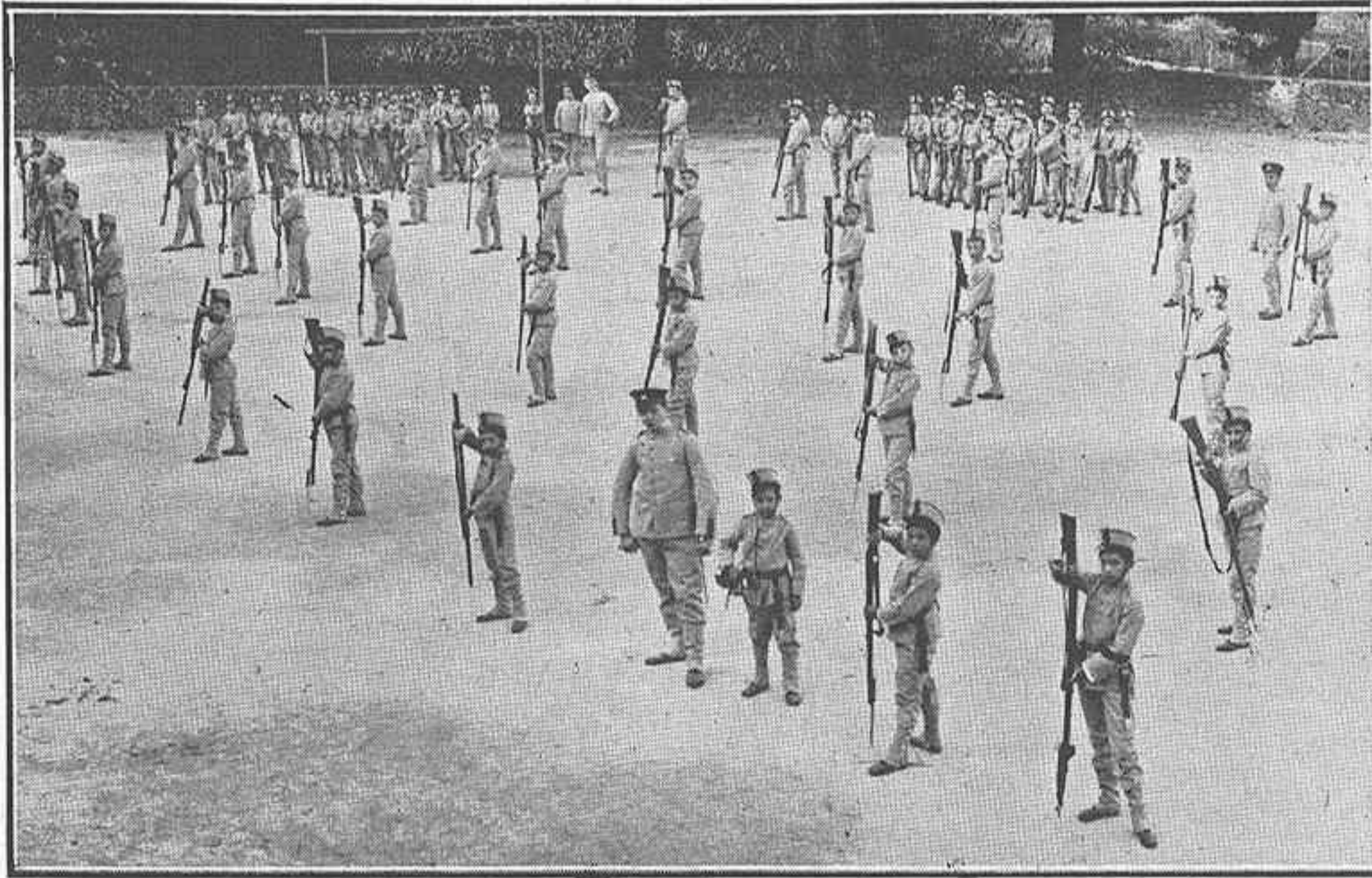
No se contentó Pero Niño con andarse por las costas: estaba empeñado en llegar al corazón de Inglaterra, al mismo Londres, porque le dijeron que allí estaba una nave genovesa apresada por los piratas. Dicho y hecho. Subía ya por las aguas del Támesis, cuando supo por los dueños del navío que los piratas, tal vez por el miedo que él les había metido en el cuerpo, se le habían restituído. Gracias a esto no sintió Londres el tremendo batacazo con que le amenazaba el marino montañés.

Retiróse pues a invernar a la isla de Jersey; y al apuntar la primavera salieron a cruzar el paso de



Colegio de La Guardia.—Cornetas y tambores

Calais, cuando hé aquí que de manos a boca se encuentran con un gran convoy de urcas y balleneros ingleses, dirigido por aquel a quien tenía él tanta rabia, por el mismo Arripay. Llamando entonces al capitán francés Mosén Charles, le dijo: «Allí están los ingleses e la mar calma: vamos a ellos.»—«Monseñor, contestó Charles, ellos son muchos navíos, e hay en ellos de los gruesos, e están muy lejos de tierra, e si el viento viene, el cual nunca tarda en este mar, seremos en gran apuro.—«Agora calma face, e non hay viento, replicó Niño, e en tanto que dura la calma e tenemos tiempo, fagamos lo que debemos:



Colegio de La Guardia.—Batallón infantil.—Esgrima

que si así lo haremos de dejar, nunca yo oviese venido a Francia, nin oviese conocido a los franceses.» —«Fagamos como mandades, dijo Mosen Charles.»

El enemigo había agrupado sus navíos en orden de batalla, y recibió el ataque del castellano con rociadas de saetas, dardos, truenos y piedras: lanzábanle en cambio los españoles viratones con alquitrán y estopa encendida contra las velas, y se arreglaron para meter entre el convoy inglés un barquichuelo cargado con semejantes artificios de fuego. Mas hé aquí que durante la porfía se levantó el viento que Mosén Charles había anunciado, y nuestras galeras en número muy inferior, viéndose apuradas se salieron de la refriega con todo el empuje de sus remeros. No lo hizo así la capitana, que se conservó en su puesto por la obstinación y tenacidad de Pero Niño que gritaba: «El que oviere miedo eche a fuir, que de esta vez ellos llevarán a nos a Inglaterra, o nos a ellos para Francia, o morirá quien Dios quisiere.»

En poco estuvo el cumplimiento de lo primero: todos los navíos ingleses pusieron proa a la galera, y si los dos balleneros más próximos se atrevieran a afenalla y detenerla por momentos, Pero Niño hubiera conocido las poblaciones inglesas. Del apuro le libró uno de los navíos franceses con habilísima maniobra. Cuéntelo el cronista que lo vió.

«En esto los balleneros de Francia andaban por donde querían, ca eran muy veleros, e uno de ellos que iba delante e vió como la galera del capitán era ya en gran aprieto, e como venía ya cercada de los ingleses, e que dos balleneros iban a aferrar con ella fizo una hermosa marinería. Puso la vela a la relinga, (1) e esperó a los ingleses, tanto que el capitán Niño y los suyos creyeron que se le habían rompido los aparejos, pues no andaba. Mandó el capitán que le auxiliasen, que ya estaba entre los navíos ingleses. En esto fizo un hermoso movimiento, tomó el viento en popa, e pasó por entre los ingleses muy recio, non haciendo mas caso de ellos que face un ginete ligero entre otros caballeros grandes e pesados; vino sobre uno de los balleneros que seguían la galera del capitán, embistióle al través por

(1) Poner la vela a la relinga es ponerla de canto al viento, de modo que no le coja.

la proa e desguarnecióle todo e le mató omes; e levárasele si non que non se atrevió a aferrar por que estaba en medio de los ingleses; mas libróse e púsose en salvo, e de tal modo lo fizo que ningun ballener se atrevió a llegarse a él sólo, sino todos juntos mas él salió bien librado de todos.»

Una hora más de calma, prosigue melancólicamente Diez de Gámez, hubiera dado a Niño la rica presa de aquella flota, armada por el rey de Inglaterra para llevar a Holanda a su hija, y desposarla con el Duque. E iba acompañada de grandes caballeros y damas con el correspondiente equipaje y riqueza. ¡Lástima grande!

¡Iba gastándose en estos momentos la gente, y no digamos nada de las provisiones. De aquí

nació el acuerdo de atacar más seriamente que antes a la isla de Jersey, aunque estuviera defendida, según noticias, por guarnición de cuatro o cinco mil ingleses. Con el auxilio de caballeros principales de Bretaña hizose el desembarco una mañana, encontrando prevenidos a los defensores. «La pelea era tan fuerte, e tan valientes eran de ambas partes, que si non por un seso que Pero Niño tomó, en poco de hora se acabaran todos unos a otros, que muy pocos quedaron vivos.»

El seso fué que Niño acometió con cincuenta hombres de armas decididos, al grupo en que flotaba un pendón blanco con la cruz de San Jorge. Derribado el alférez y tomada la insignia huyeron des-pavoridos los ingleses, entregando las espaldas al cuchillo de los vencedores.

Fruto de la victoria fué la entrega por contribución de diez mil coronas de oro para la gente, contentándose el capitán con que ofrecieran para su persona anualmente por espacio de diez años «doce lanzas, e doce fachas, e doce arcos con sus flechas, e doce vocinas.» Embarcaron cuantioso botín de las casas, y tanto ganado vacuno y caballar «que daban un caballo por cuantía de diez maravedís.»

Acabaron con esta las empresas de guerra, recibiendo Pero Niño orden de regresar a España; mas no las peripecias del mar. ¡Qué de borrascas a la vela! Entre Burdeos y Bayona les embistió tan furiosa tormenta, «que se metió toda la gente abajo e cerraron las escotillas e allí facían los omes con el miedo de la muerte votos, e fallaron la mar mansa e non tanto viento.» Por fin a poder de brazos y plegarias llegaron sanos y salvos a Santander, acabando felizmente la jornada de Inglaterra.

Vuelto a la Corte mereció la distinción tan estimada entonces de ser armado caballero por mano del mismo rey; y andando el tiempo fué honrado con el título de Conde de Buelna, valle de las montañas de Santander y llegó a la alta dignidad de Almirante de Castilla. Los restantes años de su vida los gastó en luchas con moros y con cristianos durante la minoridad de Juan II y los arrebatos de D. Alvaro de Luna; y a través de continuados peligros, y con heridas y porrazos sin cuento, pasó de los 75 años siempre fuerte y siempre arrogante.

En su primer testamento dejó cláusulas tan curiosas como la siguiente, que refleja la arraigada

cristiandad al par que la arrogancia propia de aquel tiempo: «Mando que cuando a Dios plugiere de me llevar desta presente vida, que mi cuerpo sea sepultado en el coro de la iglesia del Apostol Santiago de mi villa de Cigales..... vestido de falsopeto, y puesto el arnés de piernas y los brazales y manoplas, el espada de armas puesta sobre mis pechos, y una caperuza de grana en la cabeza..... y alrededor de la tumba las letras aquí contenidas: «Aquí yace D. Pero Niño, Conde de Buelna, el qual por la misericordia de Dios, mediante la Virgen Santa María, su madre, fué siempre vencedor y nunca vencido por mar y por tierra.»

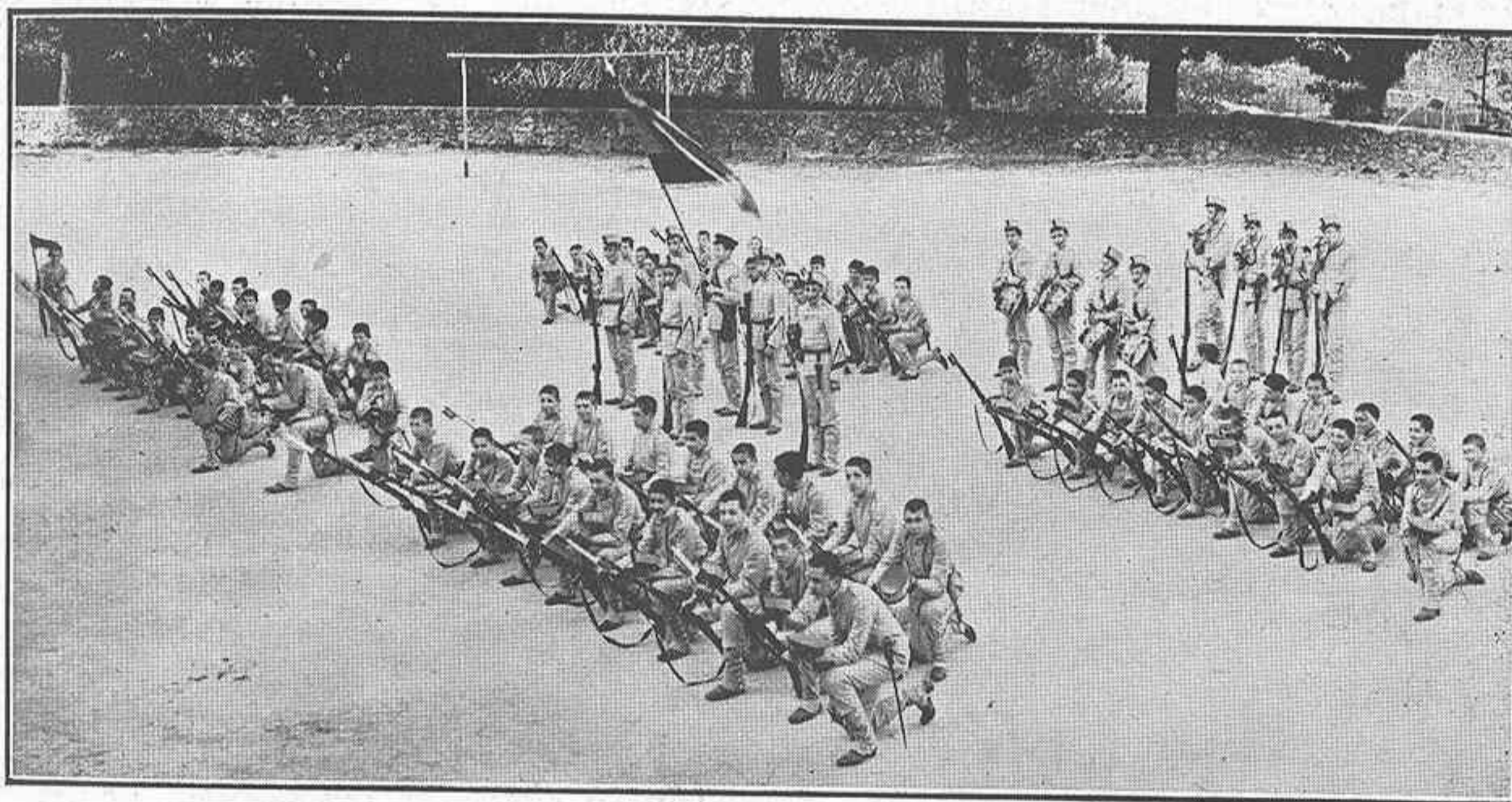
Más adelante hizo segundo testamento, harto más humilde, en que se dejaba de tan rimbombantes letreros y tan lucido armamento de corazas y arne-

ses, espadas y manoplas; mandando que le vistiesen coa el tosco sayal de S. Francisco, y que los clérigos rogasen a Dios por su alma.»

En el siglo XIX juzgábase así su entusiasta admirador el célebre marino Vargas Ponce: «Muchos adalides como él ostentó su siglo, marino de su clase quizás no hay otro en su edad. En tierra obedeció las órdenes de otros: en la mar mandó como jefe. Sus campañas terrestres en muchas ocasiones fueron contra sus conciudadanos; las marítimas siempre contra enemigos legítimos. Su valor le hizo merecer su buena suerte, y que se honren con tan glorioso abuelo las más ilustres familias castelanas.»

*Rivulus*

Colegio del Apóstol Santiago.—La Guardia.



Colegio de La Guardia.—Rindiendo armas.

## Un angel del Maduré

### I

Sivapi levantó con trabajo su cabeza del lecho en que yacía, y al verse rodeada de amigas, que pocos días antes jugaban y se divertían con ella, sintió enternecerse su corazón, y asomaron por sus ojos dos gruesas lágrimas. ¡Pobre Sivapi! Ella que era el regocijo de sus compañeras, á quien todas amaban con delirio, ya no volvería á corretear con ellas por aquellas hermosas praderas de las que eran el mayor encanto aquellas niñas angelicales con sus juegos inocentes y con sus dulces cantares. Sivapi fijó sus grandes ojos en la amiga que más quería, y acercándose esta al lecho, le dijo:

- ¿Qué deseas, Sivapi?
- ¿Han escrito ya á las Madres?
- ¡Si las Madres están muy lejos!
- Ya lo sé, pero hay que escribirlas para que vengan pronto. Dílas todo lo que me ha

sucedido: sí, ellas vendrán. ¡Son tan buenas y me querían tanto!

Aquella misma mañana salía una carta para las Madres, como ellas las llamaban, y los pocos céntimos que Sivapi tenía ahorrados se encargaron de proporcionar el sello. Con todo, sea que la pequeña amanuense encargada de redactar la carta pusiera mal la dirección, sea que el Señor quería purificar más aquella alma para hacerla digna de sí, la carta no llegó á las manos de las Madres misioneras.

Transcurrían los días, y Sivapi se iba marchitando más y más como flor separada del tallo á quien falta con la savia la vida, y á la vez se iban marchitando en su alma las esperanzas de ver á aquellas Religiosas que para ella habían sido verdaderos ángeles de paz, á cuyo lado había pasado los alegres años de su niñez. ¡Ah, y cómo pasaba entonces por su excitada imaginación la figura de las misioneras! Veíalas con sus largos trajes blancos, emblema de la pureza de sus almas, con la sonrisa siempre en sus labios, y con aquella mirada dulce y sencilla que aún á las temerosas in-

fundía confianza. Pasaban por su imaginación las caricias que de las Madres había recibido, y el amor que para con ella habían siempre tenido.

Recreada con tales pensamientos, Sivapi se quedó dormida. Entre tanto, la divina Providencia, aunque había retrasado el cumplimiento de los deseos de la niña para purificar su alma, no se olvidaba de ella. La carta no llegó, pero llegó uno de esos celestes mensajeros que el Señor envía, y que sin darnos cuenta penetran en nuestra alma. La Superiora de aquellas religiosas, verdaderos ángeles de paz en el Maduré, sintió una inspiración de visitar sus escuelas de Kodai-Kanal.

Una hermosa tarde, cuando el sol ya iba á sepultarse en el ocaso, mientras Sivapi estaba triste y pensativa, ve abrirse de pronto la puerta de su habitación, y entrar en ella á su amiga radiante de alegría. «¡Sivapi, Sivapi! ya están las Madres. Acaban de llegar y vienen á verte.» La niña salió de repente de su letargo, su rostro se reanimó, y sus ojos recobraron su antigua viveza. Al fin iba á ver á sus Madres.

Pero, ¡ay!, cuando llegaron, Sivapi ya no hablaba: ¡había sufrido tanto!... Pero hablaba su corazón que la daba fuertes golpes en el pecho, y hablaban aquellos grandes ojos en los que tantas veces habían leído aquellas religiosas hasta los más recónditos sentimientos de su alma. Una de ellas se la acercó y la hizo una caricia mientras ella cerraba los ojos para disfrutar más á su sabor de aquel deleite por el que tanto había suspirado. La religiosa, acordándose de que los cristianos suelen pedir la bendición, la dijo: «Quiéres que te bendiga, Sivapi?»

—Sí, contestó esta con su cabecita. — Y mientras se difundía la sonrisa en su rostro y cruzaba las manos sobre el pecho, la religiosa hacía la señal de la Cruz sobre su frente.

¡Dichosas mil veces las almas que tales consuelos saben llevar a los atribulados! Sivapi se sentía feliz, pero le faltaba aún recibir de aquellas religiosas el mayor beneficio que con su visita la traían.

## II

Sivapi era una niña alegre y juguetona que frecuentaba las escuelas que las religiosas tenían en Kodai-Kanal. Con la sonrisa en sus labios y con la inocencia que en sus grandes ojos azules se reflejaba, veía deslizarse tranquilos los días de su niñez, como se desliza serena y alegre el agua de una fuente por entre las flercillas que en su cauce crecen. Dos grandes amores llenaban el corazón de Sivapi;

el de las Madres, y el de sus padres. ¡Las Madres! ¡Qué buenas eran las Madres! Solo de pensarlo las lágrimas se agolpaban en los ojos de Sivapi.

¿Veis esa pequeña casa casi oculta entre los árboles que en su rededor crecen? ¡Qué pobre, qué incómoda es! Pero esa es la morada de las Madres, y aunque pobre, nunca falta en ella la alegría. Que no es ésta exclusiva de la riqueza, antes bajo el lujo más deslumbrador se oculta muchas veces la más desolada tristeza.

Quien no haya visto una colmena en los primeros días de primavera, no puede formarse idea del cuadro que todos los días presenta esa pequeña casa. De todas partes van llegando multitud de niñas que al rededor de ella juegan y se divierten como si a todas la más alegre fortuna les sonriera. Poco después se oye una voz: «Ya están las Madres; ya están las Madres»; y aquella alegre multitud penetra en la pequeña casa, sucediéndose un profundo silencio.

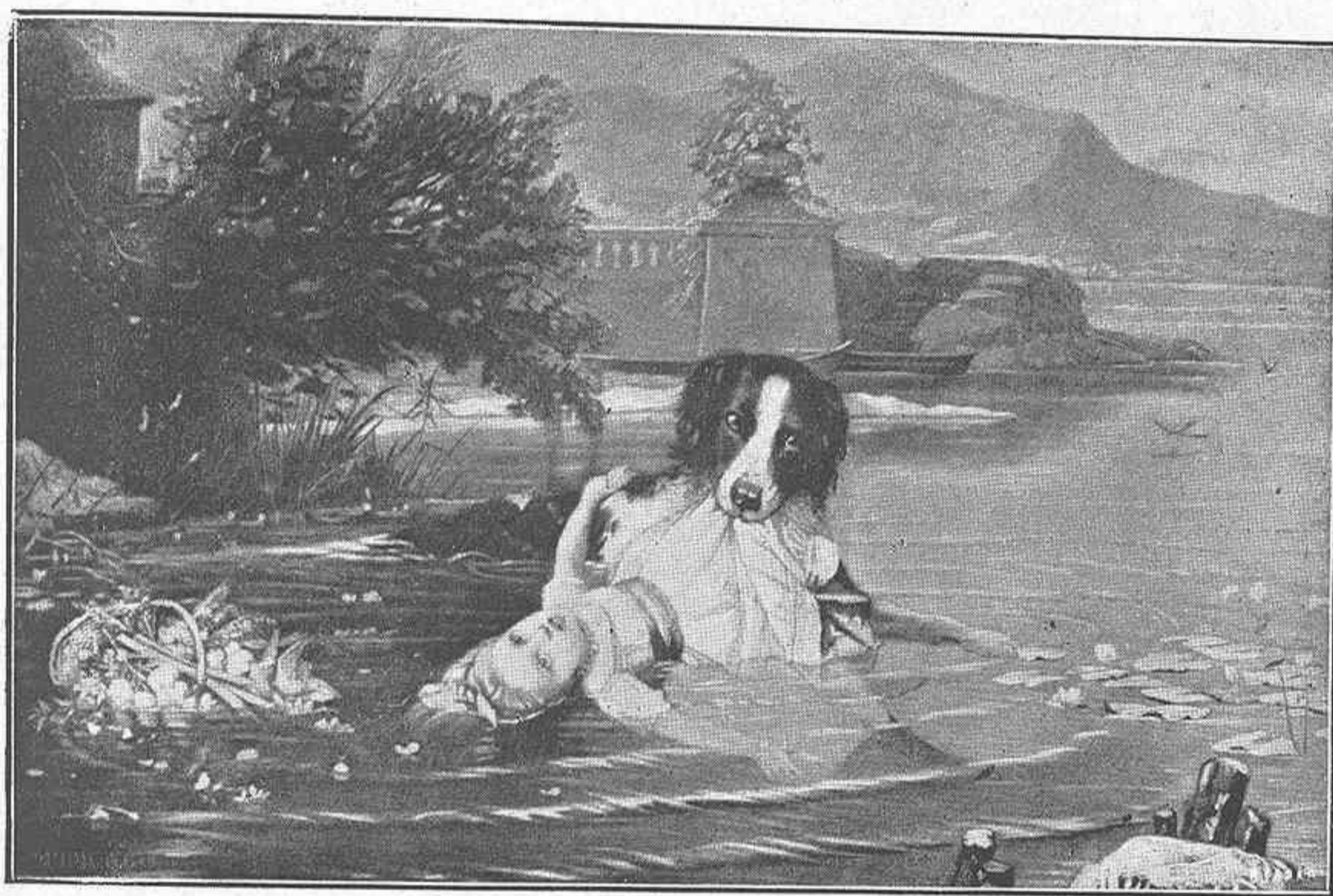
Pero, ¿quiénes son las Madres? Son esos ángeles de caridad, almas grandes y puras que con sus inmaculadas alas se remontan por encima de las demás; son almas a quienes ni la patria, ni el hogar, ni la familia fueron poderosos para cautivarlas; almas que dejando el hermoso cielo de su patria y el cariño de los suyos, van a sepultarse en aquellas tierras incultas y pobres, bajo un cielo que con frecuencia marchita en breve los días de su existencia; y allí, solo Dios sabe lo que hacen allí: los sacrificios, los heroísmos, las coronas que con sus obras entretajan. ¿No visteis penetrar en su casita a esas pobres niñas? Pues ellas son las que constituyen todos sus amores. Primero instruir las y educar las, porque las pobrecitas no tienen quien las enseñe; después ellas tienen que cuidar de alimentarlas; ellas cubren su desnudez con vestidos pobres, sí, porque también ellas son pobres: en una palabra, son sus verdaderas Madres. ¿Qué extraño, pues, que en la grande alma de Sivapi hubiera prendido tan ardiente la llama del amor para con estas Madres?

Aquel año, el sol abrasador de la India, tan mortífero para los europeos, obligó a las Madres a retirarse a las altas montañas. La noticia de que se iban, traspasó el corazón de Sivapi. Corrió con dos compañeras a la estación, pero ya tarde. Solo a través de las ventanas pudo ver a las Madres subidas ya al tren, y desde allí pudieron ver también ellas las lágrimas que a los ojos de Sivapi se agolpaban. Un momento después partía el tren, y Sivapi



perdió de vista a aquellas Madres que ya no volvería á ver. Sivapi tenía un hermanito más pequeño que ella, y por eso se había constituido en su ángel custodio. Ella era la que le cuidaba mientras sus padres iban al trabajo; ella cogiéndole de la mano, le sacaba a jugar por las praderas que cerca de su casa se extendían. Al volver Sivapi de despedir a las Madres, su hermanito se hallaba enfermo. Aquel día su madre también marchó al trabajo, y al salir dejó la puerta cerrada. ¿Cómo iba a sospechar siquiera el horrible espectáculo que a su vuelta

no sabía la infeliz que su madre al salir había cerrado la puerta. Allí, sin fuerzas ya, se dejó caer en el suelo. Aterrado con sus gritos su hermanito, corre a sacar agua, y poco faltó para que el pobre no cayera en el pozo. Cuando acudieron a socorrerla, un triste cuadro se presentó ante la vista. Ennegrecido todo el cuerpo, abrasados los hermosos cabellos, veíase a la niña tendida junto a la puerta, cubierta toda de anchas y profundas heridas. Cayó en cama y para no levantarse más. Entonces fué cuando llamó a las Madres, y la Providencia



Perro de aguas

se iba a presentar a su vista? Largo rato permaneció Sivapi junto a su hermanito, cuando éste le pidió de beber. Las casas indias no se parecen nada á nuestras casas europeas. Desde la calle podréis ver los largos pasadizos oscuros y tristes que van a dar a un patio en el que se encuentra un pozo. Sivapi sacó agua del pozo y quiso templarla al fuego. Pero, ¡ay!, allí esta su desgracia. Las Madres le habían regalado una bata y la tenía vestida aquel día. Para colmo de desdichas, jugando poco antes con una amiga suya, ésta le había dado varios nudos en la cintura. Acercarse al fuego y prender éste en su bata, fué cosa de un momento. Asustada Sivapi quiso quitársela, pero los nudos de la cintura estaban muy apretados y entre tanto las llamas envolvían su cuerpo, y poco después sus negros y hermosos cabellos eran también víctima del fuego. ¡Pobre niña! Envuelta en llamas, gritaba, lloraba y corría a todas partes como fuera de sí. Entonces creyó encontrar su salvación saliendo a la calle. Pero

le deparó dos, que fueron para ella verdaderas y cariñosas Madres.

### III

Porque es lo cierto que Sivapi, aún después de frecuentar la casa de las Madres era todavía pagana. Sin embargo, las palabras que iban poco a poco dejando caer las religiosas en su corazón se habían ido infiltrando en su alma y la habían preparado para ser por completo purificada. Durante la larga enfermedad sus padres la hablaban de Minatechí, la diosa del Maduré; de Sarasvadi, la diosa del saber; pero jamás lograron que su lengua pronunciara tales nombres. La niña invocaba a Kadavoul, el Ser supremo, sin que sus padres, fervientes paganos, pudieran quitar tal nombre de su boca.

Cuando llegaron las Madres, vieron que poco tiempo quedaba si querían que Sivapi no se perdiera para siempre. Por eso al día siguiente de su llegada, mientras la Superiora

curaba las llagas a la niña, Sor Cirenia, sentada á su lado, le hablaba del cielo. Después de recordar la felicidad que allí aguarda a los buenos, la alegría y contento en que viven sumidos para siempre, pero que para esto tenían que ser hijos de Dios, dirigiéndose á Sivapi la dice:

—Y tu Sivapi, ¿no quieres ser hija de Dios?  
 —Sí, respondió con su cabecita la niña.  
 —Entonces, ¿quieres que te bautice?

Una sonrisa de angel fué la respuesta de Sivapi. Poco después, el agua santa del Sacramento corría por su frente. Desde entonces no se borró la sonrisa de su rostro. Levantó hacia el cielo sus manos inocentes y puras, fijó en él sus ojos, y permaneció así largo rato. Algunas horas habían pasado cuando su blanquísima alma, como incienso quemado delante del Señor, se elevaba en compañía de sus hermanos los ángeles á la región de la inocencia y de la felicidad. Los ángeles ciñeron á su frente hermosa corona, y en su compañía está cantando las misericordias del Señor.

*Javier*

Congregante Mariano.

## ADIVINANZAS

### I.

Voy a probar tu tino:  
 Lector, ¿a que no aciertas  
 Cuál es el carpintero  
 Más feliz de la tierra?

.....  
 .....  
 ¿No lo aciertas? pues vaya,  
 Te lo diré, no sea  
 Que, de pensarlo tanto,  
 Te rompas la cabeza.  
 Bobín, pues el que vive  
 En la isla de *Madera*;  
 Sus hijos son *listones*,  
 Sus hijas son *traviesas*,  
 Y él respira siempre  
 El aire de la *sierra*.

### II.

Bota y media y bota y media  
 Dime, lector ¿cuántas son?  
 Piénsalo con detención,  
 Y si el cansancio te asedia,  
 Te diré la solución.

.....  
 .....

Pues... tres botas.—¡Ca! lector,  
 Estás en un gran error.  
 —Pues si tú no le remedias,  
 Yo no acierto.—Pues señor,  
 Son dos botas y dos medias.

### III.

Estudiantes que estudiáis  
 En libros de Zoología,  
 A ver si me contestáis  
 A una duda grande mía.

Allá vá, escuchadla: ¿Cuáles  
 Son aquellos animales  
 Que tienen más de dos pies  
 Pero no llegan a tres?

.....  
 .....  
 Si el buscar tres pies al gato  
 Es trabajo para rato.....

Bicho de más de dos pies  
 Pero de menos de tres.....  
 ¡A tu abuela con el cuento,  
 Que yo más no me reviento!  
 De tanto pensar me canso.  
 Con una pata de ganso  
 Voy a salir sin sonrojo:  
 Conozco en mi pueblo un cojo  
 con una pierna doblada,  
 Y que la lleva encajada  
 En media pata de palo.  
 ¿Será ese?—¡Malo! ¡muy malo!  
 Tanto estudio y no lo sabes?  
 Pues, señor, todas las aves,  
 Si no me engaño, Perico,  
 Tienen dos patas..... y *pico*.

## APOSTOLADO de la ORACIÓN

### Primer grado

### SETIEMBRE

Intencion General aprobada y bendecida por Su Santidad

*Favorecer y propagar las Ordenes terceras*

### ORACIÓN PARA ESTE MES

Oh Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco, en particular, para que las Terceras órdenes religiosas crezcan en fervor y número.

### RESOLUCIÓN APOSTÓLICA

Favorecer y propagar y aun pertenecer a alguna de las Ordenes terceras.

## **Los cuatro primeros Escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo y su primer Discurso,**

por Manuel Rubio Borrás.

El ilustrado Bibliotecario Archivero de la Universidad de Barcelona ha tenido el feliz pensamiento de publicar este folleto, en que se contienen las primicias del genio de aquel alumno de la citada Universidad, que, tiempos andando, había de ser gloria insigne de las letras españolas.

Constituye este folleto una curiosidad literaria y biográfica. En él se incluyen cuatro trabajos del joven estudiante para optar a otros tantos premios extraordinarios, tres de los cuales obtuvo, y su primer discurso, leído entonces en el Ateneo Barcelonés. En estos trabajos, y especialmente en el discurso cuyo tema es «Cervantes considerado como poeta», mostró ya Menéndez y Pelayo la claridad de su concepción y lo hondo y extenso de su crítica y su juvenil talento.

El folleto, lujosísimamente impreso en papel de hilo, va ilustrado con dos facsímiles: el de una hoja de matrícula y el de la conjugación de un verbo griego, y tres fototipias: un retrato del joven estudiante, otro de su predilecto amigo D. Antonio Rubio Lluch y otro del Convento del Carmen, en donde estaba instalada entonces la Universidad de Barcelona.

\* \* \*

## **Urbanidad y buenas maneras del sacerdote**

por L. Branchereau, 2.<sup>a</sup> edición corregida.

La rapidez con que se ha agotado la primera edición de esta obra, única en su género, constituye su mejor elogio. Al publicar hoy una nueva edición, cuidadosamente corregida, nos limitaremos a recordar que en este libro no se encuentra nada que esté fuera de lugar, y que deje de interesar al lector; ni un detalle, ni la más ligera omisión referente a la cortesía que ha de mantener el que tenga relaciones sociales con sus semejantes. Al ocuparse en lo que se relaciona con la vida privada del sacerdote, habla de manera muy práctica de su limpieza, de su vestido, de su habitación, de su postura y de su comportamiento en todas partes: al tratar de las relaciones de simple ocasión, de negocios, de sociedad, de familia y de ministerio, toca una infinidad de cosas a cual más interesantes, tales como las referentes a las visitas, a la mesa, al juego, al paseo, a la hospitalidad, etc., etc., y al hacer indicaciones sobre la urbanidad y delicadeza de los eclesiásticos en el lenguaje, en su conversación y en la correspondencia escrita, no se escapa a la penetración del autor el más pequeño detalle, pues se dan reglas hasta para poner el sello en el sobre, doblar el papel y echar la carta al correo.

Como se ve, el libro es en el fondo un verdadero tratado de los deberes exteriores del pastor cual lo desean y piden a Dios los verdaderos cristianos, en forma didáctica, completa, regular y ordenada; un manantial de conocimientos para que se haya el sacerdote elevado, digno y delicado, grato a sus semejantes y estimado por los que le tratan...

No son, pues, de extrañar los calurosísimos elogios que muchos Prelados han tributado al autor y traductor de este libro, que ha merecido; además, los honores de ser recomendado en los Seminarios como un libro de texto utilísimo y de imprescindible necesidad.

\* \* \*

## **Historia de un alma reparadora,**

por M. S. S.

Dos cualidades muy notables tiene el presente libro que sin duda han de ser del agrado de toda persona ilustrada y especialmente del mundo devoto femenino. Es la primera la visión dulcísima y encantadora de un alma ingenua y de entendimiento privilegiado, entregándose a Dios desde sus más tiernos años hasta consumir el sacrificio, haciéndose Religiosa Reparadora y sufriendo con heroica resignación y aún con visibles muestras de alegría los innumerables dolores y angustias con que la probó su celestial esposo. Y la segunda el modo de vivir y la misión altísima de esa benemérita Congregación, cuyo espíritu, todo amor y sacrificio, transpira de estas páginas embriagando al lector con no sé qué sublimes ansias de imitarlo.

¡Cuán útil fuera que todas las jóvenes de nuestra frívola sociedad leyesen esta delicada obrita, para templar con ella sus energías y su voluntad, haciéndose por este medio capaces de soportar con intrépida energía las muchas pruebas que tal vez les aguardan! Por esto creemos urgentísimo recomendarla de un modo especial a todos los centros de educación femenina y a todos los directores de conciencia, pues difícilmente podrán aconsejar libro tan útil al par que tan ameno como este.

\* \* \*

## **La Ciencia de los Negocios,**

por Waldo Pondray Warren.

«Las cosas grandes no son más que la reunión de muchas pequeñas.» En esta frase de Warren se resume el contenido de «La Ciencia de los Negocios»; y puede afirmarse que pocas veces el desarrollo de una obra habrá correspondido con mayor fidelidad al espíritu que informó su concepción. Día por día, hora por hora, el talento observador de W. P. Warren fué recogiendo y ordenando con paciencia infatigable, con ahinco, con la sagacidad del más profundo psicólogo, con un sentido práctico maravilloso, los innumerables incidentes, todas las dificultades — grandes y pequeñas — cuya resolución continua constituye la vida del hombre de negocios, su formación y su desenvolvimiento.

No se trata de un libro escrito en el recogimiento del gabinete para unos cuantos teóricos aficionados, ni de una obra atiborrada de estadísticas muertas que nada significan para los que no son especialistas en determinadas materias. Es un libro para todos, lleno de ejemplos, de anécdotas, de casos prácticos que traducen admirablemente todas las palpitaciones de la vida comercial, tal como se presenta a millares y millones de españoles que trabajan en España y lejos de España, en las márgenes del Río de la Plata, en los valles de Chile o en los campos de Cuba. Quien quiera que sepa aprovechar las originalísimas enseñanzas de este libro educador y moderno, que en los países anglosajones es el compañero inseparable de todo comerciante, desde el más joven dependiente al más encumbrado financiero, conseguirá los mayores triunfos en la vida mercantil y afianzará para siempre la prosperidad de sus negocios.



# ANGELES DE LA TIERRA

GALERÍA DE JÓVENES ILUSTRES

PUBLICADA POR

## “Páginas Escolares”

LA revista PÁGINAS ESCOLARES, redactada por alumnos de los Colegios de la Compañía de Jesús, ha emprendido la publicación de una serie de folletos, titulada *Angeles de la Tierra*.—*Galería de jóvenes ilustres*, realizando así un proyecto por muchos acariado, de reunir en una variada é interesante colección, selectas biografías de jóvenes verdaderamente ilustres por sus virtudes y cristiana educación, que fueron en vida la honra de los Colegios y Congregaciones, y formar con ellas un ramillete de flores tan exquisitas que con su hermosa variedad y fragancia pueda hacer las delicias de la juventud.

Pero en lo que se ha extremado la diligencia ha sido en armonizar todo lo posible dichas cualidades con la economía de los precios, que son los siguientes:

25 ejemplares, 4,50 pesetas. 50 id., 7 id. 100 id., 12 id.

Se imprimen en series de á cuatro, con los que se forman al propio tiempo preciosos tomitos, á los precios siguientes:

12 ejemplares, 9,50 pesetas. 25 id., 17 id. 50 id., 30 id.

Van publicados:

Núm. 1 San Estanislao de Kostka.

Núm. 3 Ricardo Grazioli.

» 2 Luis María Sagnier.

» 4 Antonio Santovetti.

Próximos á publicarse:

San Luis Gonzaga, Francisco Romero, Eduardo Palazzi, Dámaso Ripoll.

Diríjanse los pedidos al

Sr. Administrador de «Páginas Escolares» - Colegio de la Inmaculada  
Apartado 32, Gijón (Asturias).

## PÁGINAS ESCOLARES

Revista Mensual Ilustrada  
PARA JÓVENES ESCOLARES

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

ULTRAMAR

Un año..... 6 pesetas

Un año..... 7 pesetas

Número suelto..... 0,60 »

Número suelto..... 0,75 »

### FRANQUEO CONCERTADO

Colegio de la Inmaculada, Apartado 32—GIJÓN (Asturias)

No se devuelven los originales, aunque no se publiquen.

Centros de suscripción: Todos los Colegios de la Compañía de Jesús.